LA INVASION DE LOS SERES SIN CUERPO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



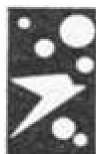
LA INVASION DE LOS SERES SIN CUERPO

KELLTOM McINTIRE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 517

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

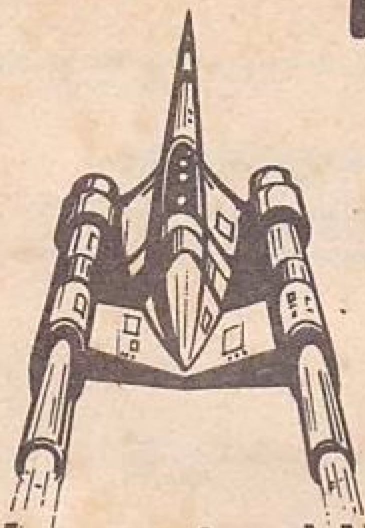
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:
512 — Los mercenarios del tiempo, *A. Thorkent.*
513 — Esclavos para Kobrac, *Joseph Berna.*
514 — La diosa humanoide, *Ralph Barby.*
515 — Guerra en el triángulo solar, *A. Thorkent.*
516 — El detective y su robot, *Clark Carrados.*

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 15.847— 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: julio, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21.660)

Barcelona — 1980





La conquista del ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

FUE una maravillosa luna de miel que duró exactamente tres meses. Algo más de noventa días de felicidad perfecta, jamás interrumpida por la menor desavenencia. Cuando volvimos de nuestro viaje alrededor del mundo, yo estaba perfectamente convencida de que Larry Burack era el hombre de mi vida.

Las dilatadas vacaciones que acabábamos de gozar habían sido posibles gracias a los ahorros de Larry, unos diez mil dólares atesorados Dios sabe con cuántos esfuerzos.

Cuando Larry me propuso aquellos tres meses de holganza, yo me escandalicé.

—¡Tres meses! Unas vacaciones así sólo pueden permitírselas los millonarios. De veras, es demasiado, Larry. Estaremos entrampados durante dos o tres años —dije.

Pero Larry sonrió. (Su sonrisa era tan abierta y encantadora que hasta el más feroz de los adversarios se hubiera rendido ante ella).

—Tengo algunos ahorros —respondió con sencillez—. Algo más de diez mil dólares. Gastémoslos alegremente y conozcamos tierras remotas. ¡Quién sabe cuándo volveremos a tener una oportunidad semejante…! Luego llegarán los hijos y absorberán todo nuestro tiempo libre.

Me ruboricé cuando Larry pronunció «los hijos». Pero, claro, yo era una muchacha excesivamente tímida y acababa de cumplir los veintiún años. Larry, que tenía veintiséis, parecía un joven con gran experiencia, a mi lado.

Como digo, nuestro viaje alrededor del mundo supuso una experiencia inolvidable y placentera. Pero en fin, la maravillosa aventura había terminado y ahora llegaba el momento de organizar nuestra vida, de trabajar y prosperar, en resumen.

Alquilamos un pequeño y confortable chalet situado en las afueras de Sidney y dedicamos la primera semana a comprar algunos muebles, a colocar cortinas, a reparar algunos desperfectos y a desbrozar y limpiar nuestro abandonado jardín.

Nuestro futuro se presentaba despejado y esperanzador. Antes de emprender el viaje, Larry disponía ya de un buen empleo en la empresa Brooks and Co., constructores. El trabajo de mi esposo consistía en inspeccionar las numerosas obras de Brooks, lo que le supondría en adelante constantes desplazamientos de un extremo al otro del gran continente australiano.

No me satisfacía mucho que Larry debiera pasar muchas noches lejos de casa, pero yo tenía la esperanza de que en pocos meses mi marido se promocionara dentro de la empresa y le fuera asignado un trabajo más cómodo y estable.

Al fin, cuando nuestra casita presentó un aspecto aceptable, Larry tomó el

autobús una mañana dispuesto a comenzar su trabajo con la Brooks and Co. Volvió a mediodía conduciendo un gran Buick, propiedad de la empresa. Venía exultante de gozo.

—Las perspectivas son mejores aún de lo que esperaba —me anunció—. Voy a cobrar casi el doble de lo que me ofrecieron, aunque mi trabajo incluirá una mayor responsabilidad. Me han anticipado cinco mil dólares, teniendo en cuenta que acabamos de casarnos.

Muy alegres, brindamos con cerveza fría por el éxito de Larry. Pero mi alegría se turbó un tanto cuando él anunció que debería partir al día siguiente y que, probablemente, no volvería a casa antes de dos semanas.

Aquella noche nos amamos apasionadamente. Era lógico: debíamos aprovechar nuestra intimidad, puesto que no íbamos a vernos durante los siguientes quince días.

Nos levantamos muy de mañana. Yo quería preparar la ropa de Larry y asegurarme de que no olvidaba nada que fuera necesario para desenvolverse bien lejos de mí.

Al fin, cargadas ya las maletas en el espacioso maletero del coche, nos despedimos. Viendo mis ojos brillantes por las lágrimas, Larry me abrazó y me besó tiernamente.

—Vamos, Lin, anímate. A mí también me pesa separarme de ti, pero piensa que estamos poniendo los cimientos de nuestro futuro. Muchas parejas se sentirían felices con la mitad de lo que poseemos nosotros —susurró.

Tenía razón. Para no dejarle con la triste impresión de mis lágrimas, me las sequé con un ademán enérgico y sonreí.

—Ya pasó, querido —murmuré a su oído—. Seré valiente y aguardaré con impaciencia tu regreso. No dejes de llamarme por teléfono.

—Ni un solo día —respondió él, animoso—. Por cierto… Vas a disponer de mucho tiempo libre. He estado pensando que podrías matricularte en la Universidad y terminar tus estudios de Psicología: esto serviría para distraerte. Claro que tendrías que interrumpirlos cuando empiecen a llegar nuestros hijos.

Me pareció una excelente proposición y acordamos que seguiría el consejo de Larry. Ese mismo día iría a matricularme sin falta.

Larry me besó, disimulando su turbación. Y luego se acomodó tras el volante y partió. Yo permanecí un buen rato en la calle, mirando sin ver el camino por el que el Buick se había alejado.

Más tarde busqué mi documentación universitaria. Mientras reunía aquellos papeles, pensé de pronto: «En realidad, apenas conozco al hombre que amo».

Era cierto. ¿Qué sabía yo acerca de mi esposo? Poca cosa, a excepción de su lugar de nacimiento, Keergall, una pequeña localidad inglesa, y de su profesión de ayudante de ingeniero.

¿Y qué más necesitaba saber? *Tenía* la seguridad de que era un hombre honrado, pero en caso contrario hubiera seguido amándole igualmente.

Las gestiones en la Universidad me llevaron poco más de una hora. Resuelto favorablemente aquel asunto, tomé un aperitivo en una cafetería y volví a casa.

Larry me llamó a primeras horas de la noche desde un motel de carretera situado a setecientos kilómetros de Sidney. Su voz cálida y amorosa fue para mí la mejor compensación.

—¿Cómo está mi pequeña Lin? —exclamó jovial. Y habló durante unos minutos acerca de las incomodidades de la jornada, de las desérticas y polvorientas carreteras.

A mi vez, le di cuenta de mis gestiones en Sidney y luego intercambiamos esas palabras que acostumbran a pronunciar todos los enamorados. Charlamos durante casi media hora y Larry dijo que se sentía muy fatigado e iba a acostarse tras tomar un bocadillo y una cerveza.

—Mañana tengo que inspeccionar las obras de construcción de un silo. Será un trabajo laborioso y monótono. Volveré a llamarte mañana, a la misma hora. Buenas noches, amor mío, y felices sueños.

—Buenas noches, Larry. Que Dios te bendiga —respondí, emocionada. Y yo también me fui a la cama.

Soñé con él aquella noche. Fue un ensueño turbador e intenso, que sirvió para que me despertara relajada y feliz.

Larry llamó ese día y también los siguientes, durante una semana. Su trabajo se desarrollaba con normalidad, si bien se lamentaba de las largas caminatas de casi mil kilómetros diarios de una ciudad a otra y del cansancio que para él suponían los constantes desplazamientos[1].

Le consolé recordándole que sólo faltaba una semana para que volviéramos a unirnos y nos despedimos cariñosamente hasta el día siguiente.

Pero la acostumbrada llamada telefónica no se produjo. El solía comunicarse conmigo hacia las ocho de la noche, pero dieron las nueve y el teléfono no sonó.

Cerca de las diez, me sentía tan impaciente que me decidí a llamar al hotel Perth donde Larry había dormido la noche anterior.

—El señor Burack partió esta mañana, poco después de las siete. Abonó su cuenta y se marchó. No, lo siento, señora Burack: no sabemos cuándo será la próxima etapa de su viaje.

No me preocupé excesivamente. Imaginé que Larry había abordado una etapa más larga de lo normal y que, posiblemente, se había visto obligado a pernoctar en la carretera.

(Anoté entonces mentalmente la posibilidad de que Larry hiciera instalar un radioteléfono en su coche.)

Como cada mañana asistía a la Universidad, hice una llamada desde allí a las oficinas de Brooks and Co. en Sidney. Un tal señor Carter me informó de que Larry debía dirigirse al campamento de Kashill, a unos trescientos kilómetros de Perth. En Kashill se estaba construyendo la gran presa de un embalse.

Pensé que trescientos kilómetros podrían hacerse perfectamente en un día y comencé a preocuparme. Pregunté a Carter por el siguiente punto de destino de mi esposo —tras la inspección de las obras de Kashill— y me indicó que Larry debía dirigirse a Andrews City, seiscientos kilómetros al suroeste de Kashill.

Carter me prometió que llamaría a Kashill y posteriormente a Andrews City.

—Me pondré en comunicación con usted para darle cuenta de mi gestión, señora Burack, pues imagino que está preocupada —añadió.

Le di las gracias y me dirigí a la facultad de Psicología. Sin embargo, perdí lastimosamente la clase pues mi pensamiento estaba a miles de kilómetros de allí.

Mi única obsesión era Larry. ¿Habría sufrido algún accidente?

Volvió a casa a la una y media. Había perdido el apetito y no me preocupé de preparar el almuerzo. Aguardaba impaciente la llamada telefónica de míster Carter, pero mis nervios llegaron a estar tan tensos que finalmente me decidí a mirar la televisión.

—…facilitada por el Observatorio Meteorológico de Brisbane. Según los viajeros que se dirigían ayer en un convoy a Docker River a través del desierto Gibson, contemplaron un curioso fenómeno: una gran bola de fuego cayó desde el firmamento y se estrelló en algún lugar del desierto, produciendo una detonación ensordecedora. Los servicios de televisión se han desplazado hacia el desierto de Gibson y esperamos confirmar la noticia dentro de unas horas. La irrupción del bólido en nuestra atmósfera fue detectada, como ya informábamos en nuestro anterior servicio informativo, por el Observatorio Meteorológico de Brisbane, varios de cuyos técnicos se han desplazado igualmente al desierto para investigar la naturaleza del insólito fenómeno. Permanezcan atentos a nuestras pantallas.

Un bólido, un gran meteorito, se había estrellado en Gibson. ¿No pasaba por allí la ruta que Larry debía seguir hacia Kashill y Andrews City?

CAPITULO II

CARTER me llamó a las cuatro de la tarde. Sus noticias no podían ser más preocupantes:

—El señor Burack no se presentó en el campamento de Kashill, ni tampoco en Andrews City, donde estamos construyendo la infraestructura de un lavadero de mineral. Sin embargo, no debe preocuparse por anticipado: es posible que su esposo decidiese alterar la ruta por alguna razón que desconocemos. De todas formas, vamos a tratar de localizarle. La tendremos al tanto, señora Burack.

Le di las gracias e insistí en que no dejase de llamarme con alguna noticia sobre el paradero de Larry.

Pueden ustedes imaginarse mi angustia, que fue creciendo paulatinamente a lo largo del día.

En el boletín informativo de la tarde, la televisión confirmó la veracidad del bólido estrellado sobre el desierto de Gibson.

—Se trata, al parecer, de una gran masa mineral que se ha hundido en el desierto produciendo un cráter de unos ciento ochenta metros de diámetro por más de cincuenta de profundidad. Uno de nuestros helicópteros se dirige ya a Docker River para recoger el material filmado por nuestros reporteros en las proximidades del mencionado cráter. Esperamos ofrecerles las imágenes en nuestro próximo servicio informativo. No se retiren de la pantalla.

Yo me alcé de un brinco y fui a buscar un atlas al despacho de Larry. Hice unas marcas sobre el mismo hasta calcular la situación del campamento Kashill y la pequeña ciudad minera de Andrews City. Teniendo en cuenta que el bólido se había estrellado a unos doscientos cincuenta kilómetros al

Este de la estación de Glenayle, resultaba que el cráter estaba situado precisamente *entre la ruta a Kashill, Andrews City y Docker River.*

Tragué saliva.

—¡Dios mío! —exclamé aterrada—. ¡*Si Larry hubiera resultado aplastado bajo ese enorme pedrusco*…!

A las ocho de la noche, la televisión interrumpió un telefilme americano para ofrecer noticias sobre el meteorito estrellado en el desierto de Gibson.

—Están contemplando imágenes filmadas por nuestros reporteros hace poco más de tres horas. La hondonada que se ve en primer término es el cráter formado al hundirse el bólido…

Absorta, contemplé la gran hoya de cuyo fondo se elevaban espirales azules de humo.

—…reporteros se han visto obligados a retirarse a una distancia prudencial, dada la naturaleza tóxica de los gases que siguen emanando del gran meteorito. Fuerzas del Ejército rodean ya el lugar y se ha establecido una barrera de soldados con el fin de impedir que los curiosos se aproximen peligrosamente. Un grupo de astrónomos y profesores de la Universidad de

Sidney realizan ya pruebas para conocer la naturaleza de los gases y también de la masa del bólido, aunque para ello ha sido preciso que el Ejército les provea de equipos autónomos de respiración, dada la toxicidad de los gases que siguen ascendiendo del fondo del cráter y contaminando toda la zona.

Nuevas imágenes de vehículos militares y de soldados armados que apartaban a los curiosos y evitaban el paso de los numerosos automóviles que trataban de aproximarse al cráter.

Sin proponérmelo, de mis ojos brotaron abundantes las lágrimas.

—¡Larry, Larry…! —murmuré, llena de zozobra.

Una de mis primas, Gladys Moore, me llamó aquella noche. Quería interesarse por mí simplemente, pero se apresuró a venir al captar mí desastroso estado de ánimo.

Fue ella la que, solicita, me consoló como mejor pudo. Luego preparó una buena cantidad de té y una ligera cena que comimos en silencio, sin perder de vista la pantalla del televisor.

Pero en realidad, yo alentaba todavía la esperanza de que el teléfono zumbaría el cualquier momento y mis oídos percibirían con alegría la voz cálida y jovial de mi esposo.

Dieron las nueve de la noche y el teléfono permanecía mudo. La presencia de Gladys me confortaba, pero en mi interior se desarrollaban los más tétricos y sombríos augurios.

A las diez, incapaz ya de soportar la tensión de mis nervios, descolgué el teléfono y marqué el número de la policía.

—Quiero denunciar la desaparición de mi esposo, Larry Burack, de veintiséis años, técnico de la empresa Brooks and Co., que debía haber alcanzado ayer el campamento de Kashill —empecé a decir atropelladamente. Y un amable sargento me pidió calma y que le repitiera con voz inteligible todos los datos que acababa de darle.

Cuando hube respondido a un número exhaustivo de preguntas, el sargento Tyler me prometió que pasaría un informe urgente a su jefe y se realizarían las gestiones necesarias para dar con mi esposo.

Permanecí ante el televisor el resto de la noche. Se sucedían constantes boletines de noticias relacionadas con el fenómeno meteorológico del desierto de Gibson.

—…de unas trescientas mil toneladas de peso, de consistencia metálica, aunque se desconoce la naturaleza de dicho metal. El viento ha soplado con fuerza y arrastra los gases nocivos, a pesar de lo cual los efectivos del Ejército y la policía impiden el paso a cualquiera que no posea una autorización especial. Nadie puede acercarse a menos de un kilómetro de distancia del cráter. A unos tres kilómetros, empieza a formarse un campamento donde se puede comer y beber e incluso adquirir cámaras fotográficas, confecciones, etc. No es improbable que este lugar se convierta en los próximos días en un punto turístico de considerable interés, dadas las circunstancias.

Gladys daba cabezadas a mi lado, pero aunque la insté para que fuera a

acostarse, no consintió en dejarme sola.

Finalmente, también el sueño me rindió a mí.

Desperté a primera hora de la mañana, cuando empezaba a insinuarse la primera luz del alba. Debió despertarme el fuerte rumor del televisor, conectado aún, aunque se había interrumpido ya la emisión.

Gladys dormía dulcemente a mi lado, con la cabeza recostada en el brazo del diván. Me levanté, la arropé con una manta y fui a la cocina para preparar el desayuno.

A las nueve llamó un sargento de la policía llamado Winters.

—El sargento Tyler la llamó de madrugada, señora Burack, pero usted debía estar dormida y no cogió el teléfono. Bien, hemos comprobado que su esposo se detuvo en un restaurante de la estación Glenaylc hacia el mediodía. Comió y descansó un rato y prosiguió el viaje hacia Kashill a las cuatro de la tarde. Por desgracia, en el campamento Kashill no saben nada de él.

Traté de asimilar aquellas noticias. Y luego me decidí a hacer la terrible pregunta.

—Dígame una cosa, por favor. ¿Creen ustedes que mi esposo… pudo… pudo ser alcanzado por ese bólido en el Desierto Gibson?

Winters se aclaró la garganta con un discreto carraspeo.

—No voy a ocultarle que hemos tenido en cuenta tal posibilidad. En efecto, la ruta discurre muy cerca del lugar donde se estrelló ese gran meteorito. A unos cien metros exactamente. El impacto debió producir una gran deflagración y una ola de calor elevadísima. Parece evidente, aunque sea duro decirlo, que si su marido viajaba a aquella altura en el momento de la colisión del bólido, pudo ser alcanzado por la ola de calor, pero en tal caso hubiéramos encontrado su automóvil, aunque fuera materialmente achicharrado por la elevadísima temperatura.

—¿Y no han encontrado ningún automóvil en tales circunstancias? —pregunté, con una pizca de esperanza.

—En efecto, no hemos encontrado ningún automóvil calcinado, ni siquiera abandonado. Y eso nos permite alentar la esperanza de que su esposo vive. A menos…

—¿A menos?

—A menos que… ¡ejem! por una desgraciada casualidad, se viera obligado a apartarse de su ruta. Pero no es aconsejable atormentarse por tal posibilidad antes de que podamos seguir adelante en nuestras investigaciones. Tenga la seguridad de que no nos detendremos hasta tener la certeza de que, por ejemplo, su esposo pudo extraviarse o sufrir un accidente.

De todas formas, mi inquietud iba en aumento. Yo tenía la seguridad de que a Larry le había pasado algo, algún accidente, aunque desconociera su naturaleza.

La cabeza me zumbaba atrozmente, y tuve que tragar dos aspirinas con el café del desayuno.

Obsesionada ya, permanecí durante el resto del día pegada al teléfono.

Carter no había vuelto a llamarme, por lo que al atardecer, buscando desesperadamente alguna noticia, marqué su número en la empresa Brooks and Co.

—No quise molestarla, señora Burack —me dijo amablemente—, No la llamé porque, desgraciadamente, no tenemos ninguna nueva noticia relacionada con el paradero de su esposo. Hemos indagado exhaustivamente desde Perth hasta Docker River, sin el menor éxito. ¡Se diría que se lo ha tragado la tierra…!

Oyéndole, me eché a llorar desconsoladamente. Carter expresó su pesar por haber provocado mi llanto involuntariamente, y colgó poco después.

Se diría que se lo ha tragado la tierra… Aquella frase se repetía machaconamente en mi cerebro. *Tragado por la tierra, tragado…*

No tragado, exactamente, sino sepultado bajo trescientas mil toneladas de peso, tal era la idea que comenzaba a atormentarme.

Es decir, Larry se había apartado un centenar de metros de la ruta y el colosal pedrusco le había aplastado bajo su masa incandescente.

CAPITULO III

GLADYS se ofreció para acompañarme en el viaje. Alquilamos un gran Cadillac, cargamos nuestras maletas y nos pusimos en camino, decididas a seguir idéntico itinerario que Larry diez días antes.

Fue un viaje duro y penoso. Larry no había exagerado al describir la monotonía e incomodidad de las rutas que debía seguir para llevar a cabo la inspección de las obras de la empresa Brooks and Co. Polvo, sudor, temperaturas de cuarenta grados, distancias larguísimas, escasez de aprovisionamiento de combustible, elementales y precarios alojamientos…

Esperaba averiguar algo más que la policía o los empleados de la Brooks, pero descorazonada, hube de rendirme a la evidencia cuando alcanzamos las proximidades del cráter: no había avanzado nada en mi personal investigación.

En cuanto a la zona donde se había estrellado el bólido, los militares sólo mantenían un pequeño destacamento y habían levantado la prohibición de acercarse al cráter, pues ya no había peligro. El meteorito se había enfriado considerablemente, y ya no exhalaba gases tóxicos.

Pudimos, pues, acercarnos a la gran hondonada y contemplar el sombrío fondo. La masa del bólido era de color oscuro y su superficie se veía salpicada aquí y allá por destellos vítreos de tonos azulados y verdosos.

La posibilidad de que Larry yaciera allá abajo, a un centenar de metros de profundidad, bajo la pesada masa del bólido, me atormentó por unos momentos. Pero enseguida me aferré a la esperanza de que aún siguiera con vida.

Con la perspectiva de hacer dinero fácil y rápido, centenares de comerciantes habían plantado en las proximidades sus almacenes desmontables, sus barracas, restaurantes, bares e incluso un club nocturno.

También habían ensamblado rápidamente un gran motel a base de piezas prefabricadas, donde Gladys y yo nos alojamos aquella noche.

¿Qué nos quedaba por hacer? Sólo recorrer el trayecto hasta Kashill, Andrews City y Docker River. Pero cuando llegamos a éste último punto y nada nuevo se nos había revelado, decidí hacer varias excursiones al desierto, con la secreta esperanza de encontrar a mi esposo.

Tuvimos que cambiar el Cadillac por un Dodge todo-terreno. Durante seis días cruzamos el desierto en una u otra dirección, procurando no quedarnos en algún lugar aislado sin agua o combustible.

Sólo cuando comprobé que mi dinero se estaba volatilizando, di por concluida la exploración.

Tristemente, volvimos a Docker River y desde allí —siguiendo la misma ruta— a Sidney, donde llegamos cinco días después.

Estábamos fatigadas, al borde de las fuerzas, y teníamos el rostro cubierto de costras producidas por el sol inclemente. Cuando el viejo y traqueteante

Cadillac se detuvo ante mi casa, apenas tuve fuerzas para llegar a ella.

Y entonces vi el Buick de Larry estacionado en la parte trasera de la casa.

* * *

No parecía la misma persona que veinte días atrás había partido de casa para cumplir animosamente con su trabajo. Larry presentaba un aspecto desolador.

Muy bronceado —más bien quemado— por el sol, agrietada la faz, barbudo, sus ojos tenían un relumbre extraño.

Había adelgazado tanto que ahora sus ropas le venían desacostumbradamente holgadas.

Cuando le vi derrumbado sobre el diván en el que habíamos dormido Gladys y yo la noche anterior, *entendí que aquél era otro hombre.*

O, para que ustedes puedan comprenderme: aquél era Larry, en su aspecto externo, en sus facciones, pero en sus ojos había una luz que no era la de sus ojos.

De todas formas, no pude impedir precipitarme en sus brazos. Quedé helada de espanto: él permaneció pasivamente tendido en el diván y no hizo nada, ningún movimiento, ni siquiera me tendió los brazos.

Sollocé, dominada por la angustia.

—¡Larry, Larry! Tienes un aspecto espantoso… ¿Por amor de Dios, qué te ha ocurrido…? —exclamé, después de que él se dejó besar y abrazar sin hacer el menor movimiento para corresponder a mis caricias.

Gladys nos contemplaba, expectante y asustada, desde el pasillo del vestíbulo. Sus ojos desorbitados, expresaban una sorpresa sin límites.

—Me perdí en el desierto —dijo Larry, con una voz que no reconocí como suya—. Me extravié y estuve vagando días y días por el desierto, expuesto al sol, sediento… Creo que… perdí el conocimiento. Me recogieron unos aborígenes y me cuidaron como pudieron en el interior de una fresca cueva. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces… Hace unos días, me trasladaron hasta las proximidades de la estación Glenayle y unos camioneros me recogieron. Telefoneé a mi empresa y enviaron un camión y varios empleados. Fueron ellos los que hallaron mi automóvil y me acompañaron hasta aquí, después de que un médico me hiciera un reconocimiento.

Volví a abrazarle y a besarle, estremecida de dolor, de alegría y felicidad. Cuánto había debido padecer, qué desmejorado estaba…

Su pasividad tenía que deberse a una disfunción nerviosa provocada por el tiempo que había vagado a través del desierto bajo los ardientes rayos del sol. Me propuse, por tanto, ser paciente con él y cuidarle y mimarle como a un niño pequeño.

Hablé durante unos minutos con mi prima y la convencí de que lo mejor que podía hacer era volver a casa. Gladys, siempre discreta, entendió que lo más positivo sería que Larry se recuperara poco a poco sin la presencia de personas extrañas en la casa. Besé, pues, a mi prima muy emocionada, y la

acompañé hasta la puerta. (Una parada de autobús, a unos doscientos metros, le permitiría estar en casa en poco menos de media hora).

Muy nerviosa, a pesar de que en mi fuero interno daba gracias a Dios por haber recuperado a mi esposo, llevé a Larry al baño y le bañé. ¡Había adelgazado tanto! Su peso habitual, de ochenta y seis kilos, se había reducido a poco más de setenta. Sus hombros eran ahora picudos y se advertían las costillas bajo su piel.

Tras el baño, le vestí amorosamente y le llevé al salón. Aunque me sentía materialmente derrengada, aún tuve fuerzas para preparar algunas viandas y le obligué a comer, aunque él no parecía demostrar el menor interés por nada en particular.

Ardía en deseos de formular docenas de preguntas a mi esposo, pero comprendí que él no estaba en situación de responder atinadamente.

Me callé.

Durante el resto de la tarde, Larry apenas si pronunció unas pocas palabras. El, por lo común extrovertido y alegre, se comportaba como un hombre taciturno e introvertido.

—¡Ha debido sufrir tanto…! —me repetía a mí misma, comprensiva.

Nos fuimos a la cama hacia las nueve. Larry acató mi propuesta sin hacer ningún comentario. Le ayudé a ponerse el pijama y

—¡Dios me perdone!— en cuanto estuvimos en el tibio lecho, me abracé a él y me quedé dormida como un tronco.

A la mañana siguiente, advertí que Larry continuaba en la misma pasiva actitud. Su pasividad parecía debida a la catatonía[2], aunque al menos Larry me respondía cuando yo me dirigía directamente, de palabra, a él.

Le pregunté, por ejemplo, si quería salir al jardín y ocuparse de regar las flores. Contestó afirmativamente… pero cuando media hora después salí para ver qué hacía, le encontré sentado en una rocalla, cruzado de brazos y sin haber iniciado el riego que prometiera.

Puse un libro en sus manos. Lo miró brevemente y lo dejó a un lado. Todo aquello, tales anormalidades en su conducta, comenzaron a preocuparme mucho.

De todas formas, decidí esperar unos días para ver si su naturaleza obraba por sí misma, y Larry volvía a su vivacidad normal. Si no advertía ningún progreso, no tendría más remedio que llevarlo al psiquiatra e ingresarlo en una clínica adecuada.

Con todo esto, las lágrimas se me saltaron en el momento menos adecuado.

A pesar de lo cual, me hice la firme promesa de no dejarme vencer por la desesperación. Si Larry había perdido la razón, si su equilibrio mental había sufrido alguna perturbación, no había más que asumir los hechos y poner toda mi voluntad en que mi esposo volviese a la normalidad cuanto antes.

No quería atormentarle ni atosigarle, por lo que preferí dejarle libre de hacer lo que quisiera dentro de nuestra casa. Le trataba de la forma más normal y le dejaba estar mano sobre mano, si eso era lo que prefería. A lo

largo de los tres días siguientes, Larry permaneció en la misma actitud de total pasividad. Si le proponía «*¿Quieres salir un rato al jardín?*», salía y se quedaba en el mismo sitio, sin moverse, durante horas y horas. Había dejado de fumar y nunca me pedía algo de comer o beber.

Entretanto, llamé a la empresa Brooks and Co. Me repitieron palabra por palabra lo que Larry me dijo el día que volvía a casa y le encontré en ella: mi esposo se había perdido, había vagado durante días bajo el sol y ahora sufría los efectos de la falta de alimentación, de la insolación y de la soledad prolongada. Carter me dijo que si mi esposo necesitaba asistencia médica de cualquier índole, la empresa correría con todos los gastos. Me recomendó que le dejase descansar y que aguardase pacientemente a su recuperación.

Pero yo empecé a impacientarme a los pocos días. Una mañana tomé el teléfono y concerté una cita para la consulta del doctor Brian Collins, un excelente psiquiatra.

Debo decir que Larry en ningún momento se opuso a mis cuidados y gestiones, a pesar de que poco a poco y con todo el tacto del mundo, le fui dando a entender que, de alguna forma, su cerebro había resultado afectado durante los días que permaneció perdido en el desierto de Gibson.

En la consulta, el doctor Collins me permitió permanecer en su despacho durante la primera media hora. Formuló a Larry algunas preguntas y éste respondió inteligente y razonablemente. En realidad, no parecía loco. Lo más destacable del cambio producido en él era de tipo caracterológico. De repente se veía dominado por una total apatía.

Al fin, Collins me pidió que saliera.

—La avisaré cuando hayamos terminado, señora Burack —dijo amablemente. Y abandoné el despacho.

Fumé nerviosamente dos o tres cigarrillos. A. pesar de las seguridades del doctor Collins —uno de los mejores profesionales de Sidney— yo me sentía desacostumbradamente inquieta.

Al fin, una guapa enfermera me invitó a pasar al despacho. Collins tomaba unas notas en el cuaderno de su *bureau*, y Larry estaba vistiéndose en una pieza anexa.

Collins se reunió conmigo. Advertí que su ademán era abierto y amable.

—Nada importante, señora Burack —me dijo—. Su esposo ha respondido admirablemente a mis *tests*. Es más: yo diría que se trata de un hombre superinteligente, a juzgar por sus respuestas. Sólo que… se encuentra bajo el influjo de una particular atonía nerviosa, una neuro-sicopatía, para ser más exactos. Opino que mejorará sustancialmente y volverá a sentirse bien si se somete a un número prudencial de sesiones de psicoanálisis.

—¿Estima que eso será suficiente? —pregunté.

—Sí. Le he sometido a una serie de *tests* de vanguardia, los *tests* de Van Rimbell y el resultado ha sido sorprendente. Su marido ha registrado un coeficiente intelectual elevadísimo, propio de un Einstein o incluso superior. Espero que la psicoterapia a que voy a someterle le devolverá su estado

normal —opinó el doctor Collins.

Quedé bastante sorprendida.

Larry había estudiado una carrera técnica, pero sus estudios universitarios no habían sido particularmente brillante. Cierto que podía considerársele un buen profesional, pero sus éxitos se debían siempre más a su constancia y a su férrea voluntad que a su brillante inteligencia.

¿Me encontraba, pues, ante un Larry Burack desconocido para mí?

Acordé con el doctor Collins que Larry acudiría cada semana a la consulta para someterse a la psicoterapia decidida por el psiquiatra. Y nos despedimos.

Larry pasó apaciblemente la tarde, sentado en el porche.

Pero cuando llegó la noche, advertí en él un estado latente de inquietud: se levantó de improviso y desapareció.

Le seguí apresuradamente y le encontré… recostado en el asiento trasero de su polvoriento Buick y se revolcaba aparatosamente sobre el skay del tapizado al tiempo que pronunciaba entre dientes algunas frases incomprensibles:

—Tai-tharmex… Karchah… ¡gelemou dari ek-si walaj, Karchah!

Sus dedos crispados, convertidos en garras, destrozaban increíblemente el resistente skay del respaldo, y sus cabellos estaban enhiestos como cerdas de animal iracundo. Quedé sorprendida y… aterrada.

Al principio, no me atreví a interrumpir su inconexo y exótico monólogo. Luego, cuando se dejó caer, jadeante y exhausto, puse una mano temblorosa sobre su espalda y advertí que su camisa chorreaba sudor.

—Vamos, Larry… ¡Por el amor de Dios! Ven conmigo. ¡Cálmate!

Permaneció aún unos minutos en la misma inmóvil postura, respirando entrecortadamente, y luego, con lentitud, se irguió y se dejó guiar por mi con la docilidad de un niño.

Le llevé a la cama, le desnudé y me tendí junto a él. Abrazada prietamente a mi esposo, no pude evitar los sollozos.

¿Qué le había ocurrido a Larry, quién… o qué había provocado aquel lamentable cambio?

Muy excitada, volví a considerar si no tendría algo que ver el colosal bólido estrellado en el desierto Gibson, con la perturbación que sufría mi pobre Larry.

El tiempo, inexorable, me daría la razón.

CAPITULO IV

EMPECÉ a concebir algunas esperanzas dos semanas después: tras las sesiones de psicoanálisis del señor Collins, Larry hacía notables progresos. Se le veía más vivaz y despierto, conversaba conmigo sobre cosas triviales y en una o dos ocasiones apuntó la necesidad de hacer una visita al señor Carter — de la empresa Brooks y Co.— para concertar la fecha en que debía reanudar su trabajo.

Collins me llamaba por teléfono y me alentaba dándome seguridades cada vez más firmes acerca de la recuperación total de mi esposo.

Al parecer, Larry había olvidado lo sucedido en el desierto Gibson y sólo tenía un interés fijo: recomenzar su trabajo en la Brooks.

Consulté con el doctor Collins, y éste estuvo de acuerdo en que a Larry le iría muy bien hacerse cargo de sus obligaciones en la Brooks.

Había algo que me perturbaba: la posibilidad de que mi esposo volviera a recaer si el gerente de su empresa le enviaba a realizar distantes inspecciones en las obras de la empresa.

Por fortuna, Carter me aseguró que, en principio, Larry trabajaría unas cuantas semanas en las oficinas de diseño.

Al fin, mi esposo partió una mañana hacia Sidney. Había lavado escrupulosamente su coche hasta que el vehículo quedó limpio y brillante. Le despedí en la calle y le vi marchar un tanto angustiada.

Larry debía volver a las tres de la tarde, pero dieron las cuatro y aún no había aparecido. Sin detenerme a pensar, marqué el número de teléfono del señor Carter, gerente de la Brooks and Co.

La respuesta de Carter a mi angustiada pregunta me dejó helada:

—Larry Burack no acudió a su trabajo esta mañana, señora. Imaginamos que no se encontraba bien aún, por eso no la llamé. ¿Cuál es su opinión?

¿Mi opinión? ¿Qué podía saber yo de Larry, si se había convertido en un extraño para mí?

Con las lágrimas en los ojos, respondí:

—No sé… Quizá haya sufrido un accidente. Llamaré… sí, llamaré a la policía y les tendré al tanto.

—Gracias, señora Burack. Por nuestra parte, no tenemos prisa en que su esposo se reincorpore al trabajo. Preferimos que se reponga por completo —opinó Carter, amable. En lugar de llamar a la policía, pedí un taxi por teléfono. Mientras aguardaba, garrapateé una nota para Larry:

«He ido a ver a mi prima Gladys. No te inquietes si tardo una o dos horas en volver.

Te he dejado comida suficiente en el frigorífico. Un abrazo.

»LIN.»

Dejé la nota en la mesa del salón, tomé algún dinero y esperé el taxi en el

porche.

Poco después llegó el automóvil. Subí a él y escuché la pregunta del taxista:

—¿Adónde la llevo, señora?

Di una dirección cualquiera del centro de la ciudad. En realidad, me sentía absolutamente desorientada, pues no tenía la menor idea de dónde podría encontrar a mi esposo.

Durante una hora, el taxi rodó sin interrupción a lo largo de las populosas calles y avenidas de Sidney. Finalmente, ordené al taxista que se detuviera ante el City Center. Pagué una cantidad enorme de dólares australianos y descendí.

Eché a andar sin rumbo fijo.

—Podíamos haber sido tan felices… —me lamenté tontamente. De no haber sido por el incidente del desierto Gibson, todo sería distinto.

Cierto que Larry había cambiado mucho desde que se extraviase en aquella zona desértica. Desde que nos conocimos, mi esposo se había revelado como un amante ardiente e insaciable. Curiosamente, no había vuelto a tomarme desde que regresara del desierto: parecía indiferente a mi atractivo físico.

Seguía caminando abstraída en mis pensamientos, si bien mis ojos escudriñaban el horizonte urbano a la búsqueda desesperada de la familiar silueta del Buick de Larry.

Claro que él podía haber tomado cualquier carretera y conducir a lo largo de mil kilómetros sin descansar.

¿Por qué me empeñaba yo en buscarle en Sidney?

Se hizo de noche y yo seguía deambulando sin rumbo fijo a lo largo de las calles. Inconscientemente, iba alejándome del centro cívico y comercial para profundizar en los suburbios.

Me detuve en una cafetería para tomar una cerveza y un bocadillo, que mastiqué sin entusiasmo, y luego volví a la calle, desanimada.

Desorientada, contemplaba los anuncios luminosos de los clubs, discotecas, whisquerías. Me encontraba en Culver Street, una de las arterias del barrio más «alegre» y peligroso de Sidney. A medida que avanzaba calle abajo, los cabarets y los clubs se iban tornando menos brillantes y distinguidos, hasta alcanzar los locales de ínfima categoría.

De repente, me detuve ante un club. El gran cartel luminoso anunciaba: «PICANTE ESPECTACULO, ATRACTIVAS CHICAS».

En la acera estaba aparcado el Buick de Larry. El corazón me dio un vuelco al divisarlo. Me acerqué, miré en su interior: estaba vacío. Temerosa de equivocarme, miré la placa de matrícula… ¡era el coche de Larry, sin lugar a dudas!

En aquel momento, sentí un hálito ardiente en mi nuca. Me volví de un respingo y vi al joven muchacho de color que me miraba ávidamente.

Con todo descaro, el joven me tomó por un brazo y señaló la entrada del club.

—Vamos, ¿quieres entrar? Es divertido. Y yo tengo dinero suficiente. Para ti y para mí —dijo, insinuante.

Me estremecí de espanto, pero reaccioné enseguida y de un tirón liberé mi brazo. El desconocido lanzó una carcajada y se alejó contoneando las caderas.

En la puerta del club, un gigantesco portero de uniforme montaba guardia.

Me acerqué tímidamente y el hombre me miró con interés.

—¿Necesita algo, señorita?

—Señora Burack —aclaré con una débil sonrisa—. Dígame, ¿sabe si ha entrado aquí el dueño de ese Buick?

—¿Cómo podría asegurarlo? —respondió, desviando la mirada—. He visto entrar esta tarde a centenares de caballeros, ansiosos por contemplar nuestro espectáculo.

Decididamente, caminé hacia la taquilla y adquirí un boleto.

—No se lo aconsejo, señora —el portero movía la cabeza paternalmente—. Se trata de un espectáculo *sólo para hombres.*

Pero yo me había propuesto averiguar si Larry había entrado allí. Entregué pues mi boleto y penetré en el vestíbulo, seguida por la mirada reprobadora del portero.

Ningún acomodador o acomodadora salió a recibirme. En realidad, no era necesario, puesto que la visión era fácil dentro del reducido local de unas cuatrocientas localidades.

En el escenario, una opulenta mujer de unos treinta años estaba desnudándose lentamente con un excitante movimiento de caderas. *Strip-tease*, naturalmente.

Me senté con prevención en una butaca alejada del escenario.

Jovencitas que vestían pequeños delantales festoneados de puntillas y encaje, servían bebidas al ardiente auditorio masculino.

Percibí que, de vez en cuando, una de las camareras hacía una disimulada señal. Inmediatamente, uno de los espectadores se alzaba de su asiento, avanzaba por el pasillo y desaparecía por una puertecita lateral.

El corazón latía desaforado en mi pecho. Tratando de serenarme, fui recorriendo con la vista las hileras de butacas. Larry no ocupaba ninguna de ellas.

¿Qué hacer…?

No lo pensé: aprovechando una distracción de las camareras, me escurrí por el pasillo, y gané la pequeña puerta próxima al escenario. Me encontré en un estrecho vestíbulo. A la derecha, dos camareras preparaban combinados en un pequeño bar; al frente se veía una escalera.

Subí sin pensarlo dos veces y me encontré en una plataforma elevada de la que partían dos pasillos. Puertas y más puertas, todas numeradas, se alineaban a lo largo de ambos corredores.

Avancé unos pasos, indecisa y avergonzada. De la puerta más próxima brotaron carcajadas estruendosas, y luego una ruda voz de hombre pronunció un taco intranscribible y un somier crujió estridentemente.

Más adelante volví a oír susurros y jadeos… para qué seguir: el negocio no sólo consistía en sesiones de *strip-tease*, sino en un más o menos encubierto prostíbulo.

La sangre ardió en mis venas imaginando que Larry ocupase una de aquellas habitaciones reservadas… en compañía de una prostituta, más o menos agraciada.

Indecisa, me volvía ya cuando escuché el rumor de pasos a mi espalda.

Vi al hombre. Era esbelto pero atlético y musculoso. Vestía un atildado *smoking* y cubría sus manos con guantes de cuero negro. Sus facciones eran delgadas y pálidas y sus ojos los más fríos e innobles que he visto en mi vida.

—¿Qué hace aquí? —preguntó iracundo.

¿De dónde saqué tanta fuerza de ánimo?

Con una serenidad que a mí misma me sorprendió, pronuncié serenamente:

—Sospecho que mi esposo ocupa una de estas habitaciones y estoy dispuesta a llevármelo.

Las desagradables facciones del hombre se tensaron, y sus ojos se empequeñecieron.

—Largo —pronunció sin elevar la voz—. Márchese.

Vi que apretaba los puños y avanzaba hacia mí con las peores intenciones del mundo. Su papel dentro de aquel negocio parecía claro: era el individuo encargado de mantener el orden.

Retrocedí dos pasos e introduje una mano en el interior de mi bolso.

—No se precipite —advertí, con la voz más serena que pude—. Tengo una pistola en el bolso y dispararé contra usted si se decide a agredirme.

El hombre se detuvo en seco, y aprovechando su indecisión, insistí:

—No quiero provocar un escándalo, sólo llevarme a mi marido. Y le advierto: Larry padece una perturbación mental grave. Si la policía llegase a saber que admiten aquí a enfermos mentales…

Tras una leve indecisión, el hombre relajó sus músculos y dijo:

—¿Qué aspecto tiene su marido?

Describí a Larry en pocas palabras, y el tipo del *smoking* se apartó de mí, invitándome a seguirle con un gesto.

Se detuvo ante la puerta número cinco y se volvió hacia mí, que le había seguido a toda prisa.

—¿Cómo se llama su esposo? —inquirió en un susurro.

—Burack. Larry Burack —respondí en el mismo tono de voz.

El «cancerbero» golpeó suavemente en la puerta y dijo en voz suficientemente alta:

—Señor Burack, tengo que hablar con usted.

Dentro, alguien gruñó malhumorado. Aguardé en tensión y… la puerta se abrió.

Un Larry desgreñado, con las facciones rojizas y abotargadas, apareció en la puerta. Se había abotonado mal la camisa y estaba en calcetines.

Me miró y su expresión no se alteró. Se diría que no me reconocía.

Detrás de él, apareció una mujer gordita, de unos treinta y cinco años, ridículamente embutida en un «salto de cama».

—¡Uf, menos mal, George! Este bruto parece insaciable. Lleva dos horas sin dejar de… —cortó bruscamente al divisarme.

—Márchate —ordenó George a la mujer. Y ésta retrocedió y volvió poco después con su ropa en la mano, murmurando aspavientos y maldiciones, se alejó a saltitos, pasillo adelante.

Larry permanecía en la puerta, una mano apoyada en el marco. George me señaló entonces y dijo:

—Esta mujer asegura que es su esposa y quiere que usted le acompañe, señor Burack. Será mejor que lo haga. No queremos escándalos aquí.

Larry no pronunció una sola palabra. Se limitó a volver a la habitación, se sentó sobre el revuelto lecho y se puso los zapatos. Luego cogió su chaqueta y salió.

Escoltados por el atildado George, alcanzamos la escalera. Yo temía que Larry estallara en cualquier momento y provocase el escándalo, pero lo cierto es que permaneció herméticamente silencioso.

George nos condujo a lo largo de un pasillo apenas alumbrado, y luego abrió la puerta y nos invitó a salir: estábamos en un callejón lleno de cubos de basura.

La puerta se cerró bruscamente a nuestras espaldas y quedamos solos, el uno frente al otro.

A mis labios subían ardientes frases de protesta:

—¡Dios mío, Larry…! ¿Cómo has podido descender tan bajo? ¿Cómo te has degradado hasta el extremo de entregarte a una mujerzuela de ésas…?

Pero no dijo nada.

—Vamos —murmuré acongojada.

Larry caminó, sumiso, en pos de mí.

Alcanzamos la calle y nos dirigimos hacia el Buick estacionado ante la fachada del teatrucho.

—Dame las llaves —pedí a Larry. Y él buscó en sus bolsillos y me las entregó.

Abrí la puerta, me acomodé tras el volante.

Cuando me di cuenta, Larry caminaba acera adelante como un borracho, dando bandazos inseguros a izquierda y derecha.

Aunque tambaleante, caminaba muy aprisa y tuve que poner el motor en marcha y arrancar rápidamente para poder darle alcance.

—¡Por el amor de Dios, Larry! —grité con toda la fuerza de mis pulmones. Y él se detuvo y se aproximó a la acera.

Súbitamente, se volvió y dio un salvaje manotazo como si tratase de repeler a alguien que le agarrase por un brazo.

Gritaba descompuesto, arrojaba espumarajos de saliva por la boca y le oí gruñir, malhumorado:

—¡Déjame! ¡No puedo hacerlo!

Tenía las mandíbulas tan apretadas que sus pómulos sobresalían como dos pequeños bloques de mármol sin tallar, y el contorno entero de su faz tenía una expresión diabólica.

Frené bruscamente al borde de la acera y le observé, entre compasiva y ansiosa.

No era él, no era Larry, mi esposo.

CAPITULO V

USTEDES imaginarán que mis facultades mentales estaban desequilibradas en aquel momento. Porque en apariencia, aquel hombre que se debatía como un poseso a un metro de distancia del Buick, tenía las facciones de Larry Burack. Pero advertí algo en su expresión que me obligó a estremecerme.

Sus ojos tenían un ángulo achinado, oblicuo, y sus iris despedían una extraña fosforescencia amarillo-rojiza. Las ventanillas de su nariz, sumamente dilatadas, parecían impotentes para aspirar todo el oxígeno que sus pulmones exigían en aquel instante. Sus brazos rígidos semejaban ramas sarmentosas de un árbol seco y sus labios se distendían como si estuviera a punto de asfixiarse.

Sí, tengo que insistir: en aquel momento Larry me dio pena y… miedo.

Sin embargo, aunque su aspecto me impresionaba fuertemente, no me arredré.

Empujé la portezuela del coche, lo contorneé por delante y subí a la acera.

Larry parecía empeñado en una furiosa batalla consigo mismo.

Gruñía, insultaba, se agitaba y repartía tremendos golpes… al aire.

—¡Larry! —grité estentóreamente, pero él no me oyó.

Miraba sin ver, con aquella terrible fosforescencia anaranjada en los ojos, cuando repitió:

—¡Vete, déjame, sólo pretendo librarme de ti! ¡Te he dicho que es imposible: no puedo hacerlo!

Llegué junto a él y le tomé por el brazo izquierdo. Por segunda vez percibí aquella intensa vibración en su piel: era como si un potentísimo motor le agitase de pies a cabeza.

—¡Mírame! —supliqué—. ¡Mírame, Larry: soy Lin, tu esposa!

Sus ojos no me miraron.

—Te lo ruego —insistí—. Sólo te pido que vengas conmigo. Estás muy enfermo. Te lo juro: yo cuidaré de ti, te velaré día y noche hasta que…

Pero él se desasió frenético de mi brazo. En realidad, se diría que quisiera liberarse de alguien que le mantenía sujeto por el brazo opuesto, pero su movimiento fue tan brusco que salí despedida hasta chocar contra el tronco de un árbol próximo.

Entonces le oí decir:

—¡No puedo! Soy incapaz de cometer un crimen. Y menos…

Retrocedí, espantada.

¿Qué locas ideas cruzaban por la mente desequilibrada de mi esposo?

¡Un crimen! ¿A quién pensaba matar? ¿A la mujer con la cual se había revolcado en el lecho de un prostíbulo, a George, el «cancerbero» que nos había abierto la puerta del callejón…?

Ahora ya no había dudas: *Larry estaba loco.*

Vistas las cosas así, viéndole temblar y agitarse locamente como si peleara contra su propia sombra, lo más sensato era volver al coche, avisar a la policía o al hospital y solicitar una ambulancia. Larry parecía muy peligroso.

Lo mejor era ingresarle en un hospital psiquiátrico.

Vacilé. ¡El parecía tan desvalido luchando contra los diablos de la locura que se habían apoderado de su mente…!

Nuevamente me aproximé a él y le tomé por un brazo. Le oprimí cariñosamente, aproximé mis labios a su oído izquierdo y susurré:

—Estoy aquí, Larry. Soy yo, tu esposa, Lin. Y nunca te abandonaré. Me cuidaré de ti aunque… intentes matarme.

Mis frases obraron un inmediato efecto en él: me miró y la fosforescencia anaranjada de sus ojos se atenuó.

De repente, rompió en un sollozo recio, profundo y viril que le estremeció de pies a cabeza.

Acongojada, supliqué:

—Ven conmigo, amor mío. Yo te cuidaré.

Había olvidado en pocos minutos que… mi esposo me había sido infiel, que había acudido a un sucio lupanar enmascarado bajo el aspecto de un vulgar teatrucho de barrio.

Yo sólo pensaba entonces que Larry necesitaba mi ayuda y allí estaba yo para prestársela, sin pedir nada a cambio.

Tiré de él y Larry se dejó llevar, sumiso, sin pronunciar una sola palabra. Le dejé apoyado sobre el guardafangos del Buick, di la vuelta rápidamente, me introduje y abrí su portezuela.

—Vamos, Larry. Ven junto a mí, cariño.

Él se acercó torpemente. Luego se dejó caer sobre el asiento pesada y brutalmente, de tal forma que su musculoso hombro izquierdo golpeó la palanca del cambio de marchas y el motor se caló.

Le observé, en silencio, una vez cerrada su portezuela. Y le oí jadear como un animal herido. Su respiración era difícil, estertorosa, estrangulada. De nuevo su epidermis volvía a trepidar como la membrana de un arcaico altavoz puesto a todo volumen.

Sin embargo, mi esposo permaneció inmóvil, recostado de medio lado sobre el asiento de su automóvil en actitud abandonada y pasiva.

Esperé un instante con la respiración contenida y viendo que continuaba inmóvil y pacífico, di al contacto, escuché el zumbido potente del motor y arranqué.

Recorrimos unos tres kilómetros a lo largo de la ciudad. Larry continuaba inmóvil y su respiración se había tranquilizado.

La noche era oscura y destemplada. Puse la radio, sintonicé una emisora que emitía música de ritmo y seguí conduciendo.

Al oír la música, Larry se incorporó con brusquedad.

Estábamos llegando a la autopista del Suroeste, cuando de repente se abalanzó sobre mí y sus fuertes dedos abarcaron con terrible fuerza mi cuello.

El coche dio un bandazo y golpeó de refilón las protecciones metálicas de la curva «trébol» de acceso a la autopista.

Un camión articulado frenó aparatosamente y estuvo a punto de embestirnos de costado.

Los pulgares de Larry se hundieron dolorosamente en mi laringe. Traté de golpearle en el costado con mi codo derecho, pero mi esposo era excesivamente corpulento y musculoso y mi codazo pasó desapercibido.

Entre tanto, el Buick rodaba vertiginosamente sin gobierno alguno. El aliento de Larry quemaba mi rostro, y sus ojos destellaban como dos rojizas luciérnagas.

Las sienes me zumbaban ya y comprendí que si seguía faltándome el oxígeno unos segundos más, moriría.

Fue en aquel momento, cuando el coche saltó sobre el arcén, destrozó la alambrada de protección y volcó aparatosamente.

Antes de que volviera en mí del todo, alguien rompió el cristal de la ventanilla y unos brazos solícitos me extrajeron del interior del vehículo.

Mareada y jadeante, me dejé llevar unos metros.

Entonces vi el coche de la patrulla de carreteras, cuya luz intermitente teñía de naranja los rostros de los dos agentes y de los conductores de los vehículos que se habían acercado a prestarnos ayuda.

Lo primero que hice fue buscar a Larry con la mirada. Mis ojos vagaron ansiosos sobre las cabezas que me rodeaban. Alguien me tocó el hombro y me volví bruscamente.

—¿Estás bien, querida?

¡Era Larry! Tan sereno y normal como pueda desearse. Sus ojos no tenían ya aquel destello diabólico de unos momentos antes, sus facciones estaban relajadas y en sus labios había una débil sonrisa de aliento.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo un diablo homicida podía convertirse en el más solícito de los esposos en sólo unos segundos?

Uno de los agentes se encaró conmigo.

—¿Necesitan asistencia médica, se encuentran bien? —preguntó amable.

Inconscientemente, me palpé los brazos, los hombros, el pecho. Aparte de sentirme dolorida, mi esqueleto estaba indemne.

—El carnet de conducir, por favor —dijo entonces el agente, dirigiéndose a mi esposo.

—Era ella quien conducía —declaró Larry con toda desfachatez—. Íbamos charlando tranquilamente cuando… se desmayó. Aunque quise hacerme con el control del volante, no lo conseguí. El vehículo chocó contra unas bandas de protección, salió de la autopista, dio unos violentos bandazos que me despidieron contra la ventanilla, corrió algún tiempo y… volcó.

Me sentía estupefacta, como es lógico. Larry se expresaba con la mayor tranquilidad y eficacia del mundo. Su expresión daba a entender que se sentía muy preocupado por mí e incluso volvió a preguntar, solícito:

—¿De veras te sientes bien, querida?

Me sorprendí a mí misma asintiendo como una tonta:

—Sí, sí, estoy perfectamente. No tienes que preocuparte, Larry.

Los agentes se separaron. Algunos de los curiosos, calmado o decepcionado su morbo, se alejaron.

Pero uno de los policías de carretera volvió inmediatamente con un bloc y una bolsita. Comprobó la documentación del coche, mi carnet de conducir, sonrió como disculpándose y dijo:

—Siento molestarla, señora. Es mero formulismo, pero tiene que someterse a la prueba del alcohol. El accidente pudo ser grave y debemos asegurarnos de que no sé produjo como consecuencia de que usted hubiera ingerido bebidas alcohólicas más allá de lo que marca la ley.

Cambié una mirada con Larry, un tanto retirado de mí. Él me sonrió, alentándome, y aseguró al agente:

—Adelante. Mi esposa no bebe. No hay ningún impedimento en que se someta a la prueba. Vamos, Lin, tú y yo sabemos que el accidente se produjo de modo fortuito. No tienes nada que temer, querida.

¡Asombroso! Era el Larry de siempre, el hombre atento, cordial y respetuoso del que yo me había enamorado algunos meses antes.

Vacilé cuando el agente me tendió aquella bolsa en la que debía soplar. No es que me sintiera ridícula: dudaba sencillamente. ¿Debía yo prestarme a aquella pantomima cuando Larry había estado a punto de estrangularme, después de que su loco y violento ataque provocara un accidente que nudo ser mortal para ambos…?

Nuevamente di muestras de flaqueza. Soplé en la bolsa y el agente se la llevó hasta el coche patrulla para examinarla. ¿Por qué había accedido a las insinuaciones de Larry? Sencillamente, de una forma harto ingenua, tenía la esperanza de que su perturbación hubiera remitido. Esperaba que todo volviera a ser como antes.

Era para mí como una especie de historia maravillosa, en la que de repente, por mediación de un hada buena, las cosas volvieran a ser risueñas, placenteras y agradables.

Volvían los agentes. Detrás de mí, Larry me oprimía un hombro cariñosamente y repetía, amable:

—No debes preocuparte. No ocurrirá nada malo, querida.

En efecto, el agente que me había sometido a la prueba, vino a disculparse.

—Deberemos tomar como buena su declaración, señora Burack, pues la prueba ha resultado negativa. No obstante, le sugiero que me acompañen hasta el más próximo puesto de socorro. Les harán un reconocimiento y si no han sufrido ninguna lesión, podrán marcharse a su casa —explicó.

—De acuerdo —asintió Larry—, Me parece sensato.

Nos invitaron a subir al coche-patrulla y nos trasladaron al puesto de socorro de Greenwood. Un amable médico de guardia nos examinó en una salita y pareció satisfecho del resultado de su reconocimiento.

—Pueden dar gracias a Dios —dijo—. Para ser un accidente de las

proporciones que constan en el parte de los agentes, han tenido mucha suerte: ni un solo rasguño. Sólo…

Me volví nerviosa.

—Me preocupan esas señales en su cuello, señora Burack —pronunció el médico, mirándome fijamente—. No me han pasado por alto esos hematomas, aunque usted ha tratado en todo momento de ocultarlos con su bonito pañuelo de seda.

Parpadeé. Imaginaba que el médico no había reparado en los hematomas que habían producido en mi garganta los duros dedos de Larry. Pero aquel hombre era excesivamente perspicaz.

Sonreí, azorada.

—Pura coquetería femenina, doctor —declaré con el tono más natural—. Llevaba puesto el cinturón de seguridad cuando se produjo el accidente. El cinturón viene holgado, pues es mi esposo el que suele conducir el coche. Al producirse el choque contra la alambrada, debí escurrirme hacia adelante y la banda de nylon lastimó mi cuello. Eso es todo.

El médico asintió. Parecía darse por satisfecho con aquella explicación.

Pero Larry se aproximó al doctor.

—Dígame, por favor: ¿cree que ese desmayo de mi esposa puede deberse a alguna indisposición grave? —preguntó amablemente.

—No lo creo —dijo el médico—. De todas formas, señora Burack, es recomendable que consulte a su médico mañana mismo.

—Así lo haré, doctor. Muchas gracias —respondí.

Nos acompañó hasta la puerta. Y antes de salir, nos dijo sonriente:

—No tienen hijos, ¿verdad? Es posible que ese desmayo sea el anuncio de una próxima maternidad. No deje de consultar con su médico de cabecera, señora Burack.

—Así lo haré —repetí, tontamente emocionada—. Buenas noches, doctor.

En el vestíbulo nos esperaban los agentes de carretera. Cambiaron unas frases en voz baja con el médico de guardia y luego se acercaron a Larry y a mí.

—Pueden marcharse. Lamentamos las molestias, señor Burack. En cuanto a su coche, procure hacerlo retirar de allí cuanto antes y dé parte a su compañía de seguros.

Larry asintió amablemente. Los policías nos desearon un feliz descanso y se marcharon. Un taxi nos devolvió a casa. Durante el trayecto observé a Larry: parecía relajado, pacífico, enteramente normal.

Pero en cuanto aboné la carrera al taxista y penetramos en nuestro hogar, su semblante se tornó hosco y retraído.

Su temporal normalidad había desaparecido como arrastrada por el viento que, afuera, comenzaba a soplar, furioso.

CAPITULO VI

CUANDO volví de la cocina, continuaba sentado en un sillón del salón. Inmóvil, silencioso, retraído, inexpresivo, hermético.

Le había insinuado cariñosamente que debía tomar un baño tibio.

Me obedeció sin pronunciar una sola palabra. Se bañó, se puso el pijama y se dejó caer en el sillón: no se había movido de allí desde entonces.

Yo acababa de terminar la cena. Era tarde, pero no podía permitir que Larry se acostase con el estómago vacío. Dispuse, pues, la mesa, serví la comida y le invité a acomodarse ante la mesa.

La comida humeaba, aromática y suculenta, en los platos, pero él comenzó a masticar de forma mecánica, ajeno al placer de los refinados platos que yo le iba sirviendo. Larry había sido siempre un apasionado de la cocina francesa, y yo me esforzaba en complacerle todo lo posible. Normalmente, comía con deleite, pero aquellos tiempos habían pasado, por lo visto, pues él engullía la comida sin apenas saborearla.

Después, a los postres, me armé de valor y le miré fijamente.

—Tenemos que hablar, Larry. Debemos hablar claramente. Ahora que aún es tiempo — al compás de mis pensamientos, mis ojos se humedecieron—, Esta noche has tratado de estrangularme. Estuvimos a punto de morir ambos, en un accidente estúpido, absurdo. Parece demostrado que padeces alguna grave enfermedad nerviosa. Tenemos que asumir este hecho, afrontarlo y ponerle solución. Supongo que estarás conmigo de acuerdo en que la situación es grave. No tengo miedo… pero temo por ti, Larry.

Le observé disimuladamente.

Sus facciones se ablandaron inmediatamente y un gesto de ternura se dibujó en ellas.

—¿Yo, intentar estrangularte? —exclamó, incrédulo—. Te amo más que a mí mismo. ¿Cómo… cómo podría hacerlo?

Aparté mi plato, dominada por el estupor. ¿Qué rara perturbación dominaba a Larry que ni siquiera recordaba que sus dedos acerados habían estado a punto de terminar con mi vida…?

La compasión se apoderó de mí. Rodeé la mesa y le abracé conmovida.

—Ahora veo que no fuiste tú, amor mío —susurré a su oído—. Fue la locura la que te impulsó a hacerlo.

Mi esposo movió la cabeza, desorientado.

—Pero entre ambos vamos a poner solución a este estado de cosas —añadí, acariciándole, trémula, las mejillas—. Mañana visitaremos al doctor Collins. Es extraño… Él me dijo que estabas bien ya, totalmente recuperado. ¿Por qué has vuelto a recaer?

Los músculos del cuello de mi esposo cambiaron de textura bajo mis dedos. Los tendones sobresalían poderosamente, las venas se hincharon, su rostro se congestionaba.

—Cálmate —susurré, suave—. Si Collins no es el médico que necesitamos, acudiré a otro y a otro. Todo antes de que tu enfermedad siga adelante. Hay que poner remedio cuanto antes…

Súbitamente, se irguió con tal brutalidad que salí despedida un par de metros. Y Larry se volvió hacia mí, llameantes los ojos.

—¡Collins! —barbotó, mordiendo las sílabas—. ¡Ese perro y tú queréis perderme! Pero yo os demostraré que conmigo, Karchach, tal cosa es imposible.

Antes de que pudiera rehacerme, se había lanzado sobre mí como un diablo y me derribó fácilmente.

A manotazos, a zarpazos, destrozó literalmente mi bata. Y luego, sobre el suelo, me poseyó tan brutalmente que mis cabellos se erizaron de puro terror.

Cuando, jadeante, se incorporó, ya ahíto, me puse en pie y sin dejar de vigilarle, corrí hacia la alcoba y me encerré en ella, echando el cerrojo.

No me detuve ahí: llena de pánico, arrastré el tocador, las sillas, un armario, varias maletas… Todo lo cual apilé tras la puerta, con las facciones desencajadas y el corazón latiendo desordenadamente.

No me fue posible conciliar el sueño hasta la madrugada. Cuando desperté eran más de las once de la mañana. Me sentía desmadejada, torpe y dolorida, pero mi primer pensamiento fue para Larry y su terrible problema.

Llamé a Collins y le conté, sin ocultar nada, cuanto había ocurrido el día anterior.

—Una recaída, sin duda —opinó el médico—. ¡Es extraño, parecía tan recuperado…!

—Por favor, dígame qué debo hacer. Le confieso que tengo miedo, doctor. Lo que más me desconcierta de mi esposo son sus violentas mutaciones. Tan pronto se manifiesta amable y cariñoso como violento y agresivo. ¡Esas expresiones suyas de intenso odio…!

—¿Cómo se siente Larry esta mañana? Tendría que hacerle un reconocimiento exhaustivo, hipnotizarle quizá. De todas formas, puedo recomendarle una excelente clínica psiquiátrica, el McHill Clinic. Si vemos que es preciso, le ingresaremos hoy mismo.

—Aún no he salido de mi dormitorio, doctor. Voy a vestirme y saldré. Le llamaré enseguida, en uno u otro sentido.

—De acuerdo. Esperaré su llamada —dijo Collins.

* * *

La casa estaba en silencio. Atravesé el pasillo y salí al comedor. La mesa estaba igual que yo la había dejado la noche anterior, sin recoger la vajilla y con una silla volcada junto al ventanal.

Sigilosamente, registré la cocina, el cuarto de baño, el despacho de Larry, las habitaciones superiores…

No le encontré dentro de la casa y me asomé al jardín por la puerta de la cocina.

Vi a Larry, que vestía su pijama, apoyado en el tronco de un árbol. Un rayo de sol se filtraba a través de las verdes hojas del árbol y caía sobre su cabeza, arrancando un destello rojizo de sus cabellos.

Gesticulaba y hablaba con ardor. En principio imaginé que estaba charlando con alguien, tal vez con Charlie Devening, nuestro vecino. Pero avancé un poco y vi que mi esposo estaba solo.

Es decir, Larry hablaba en voz alta *consigo mismo.*

Logré vencer mi íntima turbación y presté atención a sus palabras.

—No, no lo haré —dijo con su voz más enérgica.

Me pregunté, desorientada, *qué era lo que no quería hacer.*

Pero ahora sonó otra voz. Eran los labios de mi esposo los que se movían al ritmo de las frases, pero no era su voz. Esta era más grave, estrangulada, desagradable y átona.

—Pero tú sabes que debemos deshacernos de ella. ¡Nos estorba!

Larry se agitó en un escalofrío.

—Lo intenté, tú lo sabes. Pero no volveré a hacerlo. La amo demasiado. ¡No, no, jamás la mataría!

—No seas estúpido, Larry. Sabes que soy yo quien da las órdenes, quien decide lo que debe o no debe hacerse.

Tragué saliva y me encogí sobre mí misma, en un pueril intento por pasar desapercibida tras el bajo seto de margaritas que me protegía.

—No es ése el acuerdo. Dijiste que respetaríamos a mi esposa —brotó, impetuosa, la voz de Larry.

Se produjo una pausa. Larry se enjugó el copioso sudor de su frente con la manga de su pijama.

—Eso era antes. Creí que ella no sería un obstáculo para nuestros fines —se oyó aquella voz áspera y hueca—. *Ahora ella está tratando deliberadamente de anularte, ¡y yo te necesito de forma vital, Larry!*

Mi esposo se agitó violentamente bajo el árbol.

—Pero, ¡yo amo a Lin! ¿Cómo podría matarla?

—Anoche pudiste. Es fácil: sólo tienes que dejar tu mente en blanco y dejarte subyugar por mí. Fíate de mis impulsos, es todo cuanto debes hacer. Lo demás corre de mi cuenta.

Vi que Larry retrocedía, espantado. Y luego pisoteó con saña unas bonitas violetas.

—¡No, no, no! Lin es buena, es cariñosa, amable, entregada, adorable… Matarla sería algo… abyecto.

—Pero tenemos que cumplir con nuestra misión, Larry, tú lo sabes. Lo sabes desde nuestro primer encuentro. Tú estuviste de acuerdo. Yo debía guiarte. Y tu compensación…, ¿lo recuerdas?, consistiría en conocer ese mundo que está vedado a los demás. ¿Es que tu curiosidad no se excita ante la revelación?

—¡Sí, sí, sí! Tengo hambre de saber, pero…

—Si quieres saberlo todo, tienes que eliminarla, Larry. Ya sabes lo que se

propone tu esposa: que te internen en un sanatorio psiquiátrico. ¿Que sería allí de nosotros? ¡No podríamos llevar a cabo la profunda investigación que nos hemos propuesto! Convéncete de una vez: Lin es el obstáculo. Debes matarla. No temas: ya te he prometido que te protegeré. Pero tienes que hacerlo. Y debe ser AHORA.

Larry golpeó con su puño el tronco del árbol.

—¡No sé, no sé! Lin es tan maravillosa… Pero, tal vez…

Larry se volvió en ese momento hacia la casa. Ignoro si me vio o no, pues sus ojos tenían aquella conocida fosforescencia diabólica.

Pero el terror que sentía me obligó a correr y correr, hasta que, a gran distancia de nuestra casa, reparé en que sólo vestía un tenue pijama.

Entonces me eché a llorar desconsoladamente.

CAPITULO VII

LARRY llevaba tres días internado en la McHill Clinic. Yo había intentado verle al día siguiente, pero tanto el doctor Collins como los médicos de la clínica psiquiátrica me lo desaconsejaron.

Probablemente temían que mi esposo Volviera a excitarse ante mi presencia.

—Deje pasar unos días, señora Burack —me dijo Collins—. Si Larry evoluciona favorablemente, no habrá ningún impedimento para que pueda verlo. Pero tenga paciencia.

¡Paciencia! La panacea universal para todos los que vivimos con el corazón literalmente en la boca.

Collins me había contado cómo se desarrolló la escena cuando un médico y dos loqueros llegaron a mi casa para reducir a Larry.

Le habían encontrado en la casa, recorriendo locamente las habitaciones, gritando como un poseso mi nombre. Los tres hombres tuvieron que luchar a brazo partido con él para conseguir reducirle.

De todas formas, el médico tuvo que inyectarle un tranquilizante, pues dentro de la ambulancia Larry consiguió destrozar a dentelladas la camisa de fuerza.

Ahora, tres días después, yo me sentía sola y acongojada. Sufría por la suerte de mi esposo, recluido en la celda de un manicomio, pero comprendía que lo más sensato era esperar, mientras los médicos intentaban volver su mente a la realidad.

Gladys me llamó aquella tarde para informarse rutinariamente acerca de mí y de Larry.

Como quiera que no pude impedir un sollozo, Gladys se alarmó.

—No te muevas de ahí. Voy a telefonear al señor Polk, mi jefe, y pediré unos días de vacaciones. En estas circunstancias, no es aconsejable que vivas sola —dijo, después de que la hube puesto al corriente de la perturbación psíquica de Larry.

¡Encantadora prima Gladys…! Llegó al anochecer, con una enorme maleta y todo el entusiasmo del mundo, dispuesta a protegerme y a alejar mis temores.

Fue ella la que preparó aquella noche la cena y puso un poco de orden en la casa, que yo había descuidado lastimosamente durante los últimos días.

Tras la cena, Gladys me obligó a ver la televisión.

—Tienes que distraerte, querida. Lo de Larry se arreglará por sí solo, espero. Pero tú debes cuidarte. Tenía razón. Durante las últimas semanas había bajado de peso considerablemente, a pesar de que yo era por entonces una muchacha muy esbelta.

Por si fuera poco, había sufrido vómitos los dos días anteriores. Ello me llevó a pensar si no estaría embarazada, lo que vino a aumentar mis

preocupaciones. La verdad era que yo deseaba con ansiedad tener un hijo de Larry, pero en la actualidad un embarazo sólo hubiera supuesto un engorro más.

Gladys, con su increíble desparpajo, consiguió lo que se proponía: distraerme.

Por desgracia, aquella noche la televisión pasaba una vieja película de terror.

En cuanto comenzó la sesión, Gladys desconectó el televisor.

—Lo que faltaba —gruñó—: Una película de miedo. Nada de eso: leeremos un rato. He traído un verdadero montón de revistas. Iré a por ellas.

Fue a su alcoba y volvió poco después con un brazado de revistas de actualidad.

Mientras mi prima hojeaba una publicación de modas, yo me puse a leer un reciente número del semanal *Inquirer*.

Inmediatamente, me sentí atraída por el reportaje que firmaba Robert L. Elliott, un conocido periodista.

«LA EXTRAÑA INFLUENCIA DEL BOLIDO DEL DESIERTO GIBSON. CINCO OFICIALES DEL EJERCITO Y CUATRO CIENTIFICOS, AFECTADOS POR RARAS PERTURBACIONES MENTALES.»

Leí el reportaje con la lógica avidez. Elliott había podido constatar que ocho de las personas que habían permanecido largos días en las proximidades del cráter abierto por el bólido habían debido ser ingresadas urgentemente en diversas clínicas psiquiátricas, después de dar evidentes muestras de locura.

Un oficial del Ejército, el teniente John S. Gulf, se había estrellado con un camión tras emprender una loca e injustificada huida lejos del campamento establecido alrededor del cráter. En estado gravísimo, había sido recogido de los restos retorcidos del vehículo e ingresado en un hospital, donde Gulf, al volver en sí, se había destrozado materialmente el cuello con un bisturí, del que consiguió apoderarse.

Gulf había muerto al día siguiente. Pero otros cuatro militares y otros tantos científicos de la Universidad de Sidney habían sido internados en sanatorios psiquiátricos, afectados por desconocidas perturbaciones mentales.

«*Uno de ellos, el profesor Harold Kimberley, dialoga constantemente en voz alta consigo mismo. Lo insólito del caso es que Kimberley, a menudo, se expresa en un idioma desconocido que ningún experto en lenguas ha logrado desentrañar…*»

El reportero aseguraba que las autoridades militares no habían tomado en serio la posibilidad de una influencia maléfica que dimanase del enorme pedrusco negro sepultado en el desierto Gibson.

«*A pesar de lo cual, desde hace poco menos de una semana los soldados de vigilancia no permiten que nadie se acerque a la hondonada producida por el aerolito, medida por demás significativa…*»

Poco después, Gladys y yo nos fuimos a la cama. Sin embargo, no

conseguí olvidar el relato de Robert L. Elliott. Sobre todo el párrafo en el que aseguraba que el profesor Kimberley «*dialogaba constantemente en voz alta consigo mismo*».

Exactamente igual que Larry, mi esposo. También yo le había oído hablar en sueños en alguna extraña lengua.

En principio, había imaginado que se trataba de alguna ininteligible verborrea, pero ahora, tras haber leído el reportaje de Elliott, me debatía en encontrados y tortuosos pensamientos.

Karchach, era la palabra que Larry había repetido docenas de veces, y parecía referirse a sí mismo con aquel nombre.

¿Un caso de doble personalidad, una especie de psicosis? En la Universidad había estudiado casos de desdoblamiento de la personalidad y de otras perturbaciones psicóticas.

Estaba el caso, auténtico, de Eleanor Bromfield, una profesora de Arte contemporáneo, la cual, al anochecer, evolucionaba psíquicamente hasta el extremo de convertirse en una prostituta y adoptaba un lenguaje absolutamente diferente al que utilizaba en su primera y genuina personalidad…

Por fortuna, me quedé dormida. Gladys me despertó a las nueve con la agradable y penetrante fragancia de una taza de café como sólo ella podía hacerlo.

—Tienes que alimentarte bien, querida —dijo, cariñosamente—. Aún no sabemos lo que tendremos que afrontar.

Tenía toda la razón del mundo. Aquél fue uno de los días más movidos de mi vida. Hacia las once, el correo me trajo una comunicación del Banco.

Mr. Larry Burack. 117, Arch Row. Greenwood, Sidney. Estimado Mr. Burack:

Por un error contable, el día 9 de este mismo mes le fue liquidado un talón bancario por importe de 15.000 dólares australianos, cuando en realidad su saldo ascendía solamente a 3.200,—. Le rogamos, por tanto, que a su comodidad, reponga los 11.800, — que le fueron pagados en Caja por error.

Lamentamos causarle molestias y nos reiteramos de Vd. ss. ss.…

Mi rostro palideció y mi prima advirtió enseguida mi lamentable estado de ánimo.

—¿Qué ocurre, de qué se trata…? —preguntó solícita.

Le tendí la carta y le expliqué el asunto en pocas palabras.

Larry y yo nos habíamos quedado sin dinero unos días antes. Tras la sesión del psicoanálisis en la consulta del doctor Collins, hablé a Larry de aquel asunto, y él respondió:

—No importa. Iremos al Banco: disponemos de suficiente dinero.

¿Suficiente dinero? Según mis cálculos, apenas nos quedaban poco más de tres mil dólares, pero no hice ningún comentario.

En la oficina bancaria, Larry sacó su talonario de cheques y escribió rápidamente con la pluma de oro que yo le había regalado en su último

cumpleaños.

Luego entregó el talón al empleado, que lo examinó, sorprendido. Vi que se retiraba, consultaba a un ordenador electrónico y volvía nuevamente.

—Lo lamento, señor Burack, pero el saldo de su cuenta corriente sólo asciende a…

—Quince mil dólares —puntualizó Larry, mirando fijamente al empleado.

El hombre balbució algunas palabras ininteligibles. Advertí que sus ojos estaban fijos en los de mi esposo, como si se sintiera subyugado. Lo cierto es que el empleado asintió enseguida:

—Muy bien, señor Burack. Quince mil dólares.

Minutos después, Larry recibía quince mil dólares del cajero. Salimos a la calle y nos acomodamos en el coche, pero yo me sentía tan sorprendida que no pude evitar aquel comentario.

—Pero, Larry, esto es inconcebible. Me consta que sólo disponíamos de poco más de tres mi) dólares. ¿Cómo es posible que te hayan pagado un talón de quince mil?

Pero mi esposo puso en marcha el motor y arrancó.

No hizo ningún comentario relacionado con el dinero, y yo no quise excitarle con nuevas preguntas.

En el fondo, confiaba en él. Imaginé que su empresa le había girado alguna cantidad recientemente, o que mi esposo había conseguido algún Crédito bancario. Pero la carta que acababa de leer desmentía aquellas posibilidades.

—¡Dios mío! —gemí—. ¿Cómo voy a devolver esa cantidad? Larry sólo me entregó mil dólares y con los gastos de los últimos días apenas dispongo de un centenar.

—Pero el dinero restante debe estar en algún sitio. ¡Larry no pudo gastarse catorce mil dólares! —exclamó Gladys.

Moví la cabeza tristemente.

—Se quedó con ese dinero. Y mucho me temo que no encontremos ni un céntimo — respondí. Y me alcé del lecho inmediatamente.

Entre Gladys y yo registramos minuciosamente los bolsillos de los trajes de Larry, y luego hicimos otro tanto con los muebles de su estudio.

Gladys no se dio por vencida: seguimos registrando todos los rincones de la casa hasta que ambas nos detuvimos, exhaustas y decepcionadas.

—Lo que no me explico es cómo logró que aquel empleado aceptara y gestionara un cheque por quince mil dólares —exclamé, dejándome caer sobre un sillón.

—Tal vez… Larry le hipnotizó —dijo Gladys, brillantes de interés sus ojos —. ¿Poseía Larry poderes psíquicos?

—¡No, ni mucho menos! —respondí—. El Larry que yo conozco es un hombre sencillo, casi elemental. Jamás se interesó por la Psicología o la Psiquiatría.

Mi prima se retorció las manos, nerviosa.

—¿Qué podemos hacer? —en principio, Gladys echaba sobre sus espaldas

un problema que era mío—. Indudablemente, hay que devolver once mil ochocientos dólares al Banco. Por desgracia, yo sólo puedo desprenderme de unos dos mil…

La abracé, emocionada. Al menos podía contar con la ayuda, la comprensión y el cariño de mi prima.

—Tendré que buscarme un empleo —respondí—. Hablaré hoy mismo con el director del Banco y le haré saber mi situación. Supongo que llegaremos a un acuerdo.

Gladys me preparó un baño tibio. Estaba vistiéndome cuando zumbó el teléfono.

—Es el doctor Collins —anunció mi prima—. Quiere hablar contigo.

Me puse al teléfono, ansiosa por conocer noticias acerca de Larry.

—Su estado es estacionario. Dígame una cosa, señora Burack… ¿Su esposo se interesa por las lenguas arcaicas? —dijo.

—¿Lenguas arcaicas? —me asombré—. No, mi esposo es un simple ayudante de ingeniero y jamás le quitaron el sueño los temas culturales.

—Es extraño… Según el doctor Stout, el psiquiatra que atiende a su esposo en la McHill Clinic, Larry habla frecuentemente a solas. Y lo insólito del caso es que se expresa en un idioma desconocido.

Me atraganté. Enseguida vino a mi pensamiento el reportaje de Elliott leído la noche anterior: el profesor Kimberley se expresaba igualmente en un idioma absolutamente desconocido.

—El doctor Stout ha grabado algunas de las frases pronunciadas por su marido y me ha enviado la *cassette* correspondiente. Me gustaría charlar con usted acerca de ello, señora Burack. ¿Tiene inconveniente en pasarse por aquí esta tarde? Podría recibirla a las cinco, si no tiene inconveniente.

Respondí afirmativamente, aunque la verdad era que me sentía profundamente trastornada.

Gladys, que no quería dejarme un momento sola, se empeñó en acompañarme.

Collins nos recibió en cuanto su enfermera nos anunció. Como insistiera en hablar conmigo a solas, Gladys hubo de quedarse en una salita próxima.

Collins tenía un magnetófono en su mesa.

—Escuche con atención. Va a escuchar la *cassette* que me ha enviado el doctor Stout — me previno.

Contuve la respiración y escuché.

Se oía una respiración estertorosa —que yo conocía muy bien—, un rechinar de dientes muy desagradable y luego algunas frases ininteligibles, estropajosas.

De repente, se dejó oír aquella voz chirriante y desagradable. (Larry se había expresado así cuando le sorprendí hablando a solas en el jardín, la mañana que se lo llevaron los loqueros a la McHill Clinic).

—Tai-jarmex… Karchach… ¡yelemou dawi ek-si wallaj KARCHACH…!

Un gemido de Larry, el angustioso jadeo de su respiración.

Y nuevamente la voz fría y chirriante:

—*…ek-si wallaj KARCHACH-LARRY*!

Collins detuvo el magnetófono.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, excitada.

El médico se encogió de hombros expresivamente.

—¡Quién lo sabe…! El doctor Stout ha hecho oír esta cinta a varios profesores de lenguas exóticas y arcaicas. Ninguno de ellos ha reconocido en esas frases un idioma conocido, coherente —respondió.

Sin poderme contener, hablé a Collins del reportaje de Robert L. Elliott publicado por la revista *Inquirer*. Como había llevado conmigo la revista, se la entregué al médico, que leyó ávidamente el reportaje.

Cuando terminó, le pregunté:

—¿Cree que lo que dice Elliott son meras fantasías o… hay algo de verdad en sus aseveraciones?

—No lo sé —contestó Collins, confuso—. Si tiene la amabilidad de prestarme la revista, intentaré comprobar la veracidad de este relato.

No puse inconveniente. Collins me despidió poco después con unas amables palabras de ánimo. En realidad, nada más teníamos que hablar.

CAPITULO VIII

ANTES de volver a casa, Gladys y yo nos detuvimos en un kiosco de prensa para comprar los periódicos de la tarde.

—¿Buscas algo en particular? —preguntó mi prima.

—Nada —respondí—. Sólo pienso leer los anuncios por palabras. Es preciso que obtenga cuanto antes un empleo si quiero devolver el dinero al Banco antes de que decidan embargarnos.

Gladys oprimió afectuosamente mi brazo.

—No te atormentes, Lin, querida. Todo se arreglará, ya lo verás.

—Ojalá tengas razón —respondí, y nos encaminamos a la parada del autobús más próxima.

En el regreso, me puse a hojear los periódicos. Una noticia atrajo inmediatamente mi atención: la del fallecimiento del profesor Harold Kimberley.

«*Kimberley, que había sido ingresado en un sanatorio psiquiátrico tras sufrir un grave desequilibrio mental, falleció anoche en el State Center tras un violento ataque en el que se golpeó repetidamente contra los muros de su celda. Los numerosos traumatismos le produjeron la fractura del cráneo. Kimberley fallecía poco después cuando era sometido a una urgente intervención quirúrgica…*»

Me asusté. Kimberley se había destrozado a golpes el cráneo, el teniente John Gulf se había degollado en su habitación del hospital…

¿No ocurriría algo parecido con Larry? Todo podía esperarse de aquella desconocida locura que convertía a los enajenados en homicidas o suicidas.

En el estado de ánimo que puede imaginarse, descendí del autobús veinte minutos más tarde, acompañada de mi prima.

Volvimos a casa inmediatamente, pues era ya de noche y soplaba un vientecillo seco y frío que me obligó a estornudar.

Gladys ya estaba preparando té cuando sonó el teléfono.

Corrí hacia el aparato y lo descolgué. La voz del doctor Collins resonó en mi oído.

—Le ruego que conserve el ánimo, señora Burack —me previno con voz amable en la que subyacía un acento de preocupación.

—¿De qué se trata? —pregunté, con el alma en vilo.

—Larry ha escapado.

—¿Escapado? —grité—. ¿Cómo es posible?

—Nadie ha podido explicárselo, hasta ahora. El enfermero de guardia le llevó la cena, hace una hora aproximadamente. La habitación estaba vacía y las fuertes correas de nylon que sujetaban a Larry, limpiamente cortadas a dentelladas, según se supone. —¿Quiere decir que… destrozó las correas con sus dientes? —pregunté, asustada.

—Así parecía, aunque no puede asegurarse nada definitivamente. Cabe la

posibilidad de que alguien ayudase a Larry en su fuga.

—¡Dios santo…! —exclamé—. ¿Y ahora…?

Collins carraspeó.

—No tema. Dadas las circunstancias, el doctor Stout ha avisado a la policía. Naturalmente se buscará a Larry, y esperamos encontrarle pronto. Stout ha obtenido protección policíaca para usted y su prima. Varios agentes deben estar vigilando ya su chalet. Y seguirán protegiéndolas hasta que su esposo sea hallado. En cuanto a esto, puedo darle todas las seguridades. Lo que me preocupa es…

—Diga —pedí con ansiedad.

—Las circunstancias que han rodeado la fuga o desaparición de Larry Burack —declaró Collins.

—Explíquese, por favor.

—Como usted sabe, el edificio de la McHill Clinic es una construcción moderna, diseñada para contar con todos los medios de seguridad. Según el doctor Stout, es absolutamente imposible que ningún enfermo logre escapar. Al atardecer, las puertas metálicas se cierran electrónicamente, los ascensores quedan bloqueados a la menor señal de alarma, puertas empotradas cierran las escaleras, hay rejas en todas las ventanas y un circuito cerrado de televisión es utilizado constantemente por los servicios de vigilancia.

—A pesar de todo lo cual, mi marido logró escapar —respondí, con amargura.

—Eso parece, puesto que los empleados han registrado el edificio de arriba abajo, sin encontrarle. La fuga de Larry es, pues, inexplicable. A menos…

—¿A menos?

—Sonría si quiere, señora Burack, pero voy a repetir literalmente las palabras del doctor Stout. Dijo: «*Ningún enfermo podría escapar de aquí, a menas que se hiciera invisible o dispusiera de alas*».

—Pero… ¡eso sería fantástico! Poco menos que el producto de una mente calenturienta —exclamé, pasmada de asombro.

—¡Lo sé, lo sé! Probablemente, con esas palabras Stout sólo quería expresar lo dificultosa que sería la fuga para cualquiera de sus enfermos internados en la clínica McHill.

Suspiré.

—¡Dios mío, cuántas complicaciones! —me lamenté.

Collins debió pensar que yo me sentía aterrada, pues se apresuró a decir:

—Si no se siente segura ahí, puedo reservar habitaciones en algún hotel. De todas formas, seguiría contando con la protección de la policía.

Le saqué de dudas inmediatamente.

—No temo por mí, doctor, sino por mi esposo. ¡Temo tanto que Larry pueda sufrir daño o inferírselo a alguien!

—Tranquilícese. Se ha movilizado a centenares de policías, que tienen instrucciones precisas para obrar con tacto y cautela. Cuando le encuentren, todos podremos descansar tranquilos.

—¡Ojalá! Por cierto, doctor: ¿averiguó algo en relación con el reportaje de Elliott en *Inquirer*? —le pregunté.

—Así es —respondió tras una cierta indecisión—. Parece que, en efecto, hay varias personas afectadas por raras perturbaciones mentales. Curiosamente, sus síntomas coinciden con los de Larry. Pero no deje que estos pensamientos la inquieten demasiado. Tómese un tranquilizante e intente dormir, en la seguridad de que está bien protegida. Buenas noches, señora Burack.

—Buenas noches —respondí con voz desmayada.

CAPITULO IX

TRANSCURRIERON dos días. La policía seguía vigilando nuestra casa de Arch Row. No se había producido ninguna alarma, pero tampoco había noticias de Larry, a pesar de que numerosos efectivos de la policía habían establecido controles en puertos, aeropuertos y carreteras.

Mi angustia iba en aumento, aunque me esforzaba en conservar mi equilibrio emocional.

¿Dónde estaba Larry? ¿Cómo era posible que un hombre solo, enfermo mental y sin recursos, hubiera logrado escapar al estrecho cerco de la policía…?

Resultaba incomprensible, pero mi esposo seguía sin aparecer.

Gladys se ocupaba de mí constantemente, incluso me había traído algún dinero. Todo ello no bastaba, por desgracia, para evitar que continuamente me sintiera tensa y nerviosa.

Con el fin de luchar contra la latente inactividad —siempre a la espera de una llamada telefónica—, decidí ocuparme en una investigación que me apasionaba. Unas veces a través del teléfono y otras mediante desplazamientos a diversos puntos de la ciudad, fui recogiendo datos acerca de nueve personas.

Se trataba del teniente del Ejército John S. Gulf, del profesor Harold Kimberley, del meteorólogo Harry Kennedy, el capitán Edwin Foster, los tenientes Robert Ashley y George Waynes, el sargento Ted McKain y los expertos en Mineralogía profesores Adam Maugham y Brad Richards.

En resumen, las nueve personas que habían perdido la razón.

Los nueve habían vivido largas jornadas en el cráter del desierto Gibson, entregados a su labor científica los profesores y encargados de la vigilancia los militares.

Logré ir rehaciendo sus antecedentes a base de paciencia.

No había nada anormal ni digno de destacar en la personalidad de aquellas personas, pero cuando hube repasado sus historiales docenas de veces, llegué a la conclusión de que existía una circunstancia que los unía: todas aquellas personas eran seres muy imaginativos, extraordinariamente sensibles.

Lo mismo que mi esposo, Larry Burack.

Diez individuos de personalidad romántica, muy sensibles a cualquier acontecimiento extraordinario, dotados de una poderosa imaginación.

Y a fin de cuentas, ¿no era yo misma muy semejante a ellos? En efecto, siempre poseí una gran sensibilidad emotiva, y una imaginación más que regular.

A partir de ahí, el proyecto comenzó a madurar en mi mente. ¿Cómo podría encontrar a mi esposo, sino… iniciando el camino que él había seguido?

Confieso que al principio me sentí asustada ante la audacia de mi plan.

Prácticamente consistía en *un desafío a la locura.*

Pero la idea rondaba una y otra vez mi mente, hasta que finalmente me decidí.

En mi estado de ánimo de continua vela y constante tensión, cualquier cosa mejor que continuar cruzada de brazos, a la espera de recibir alguna noticia.

Fui planeándolo fría y calculadamente.

En primer lugar, necesitaba un medio de transporte propio. Una furgoneta sería lo más apropiado. Pero, ¿cómo comprarla o alquilarla? No tenía dinero suficiente.

Gladys resolvió el problema. Fue al Banco y volvió con dos mil dólares.

—Creo que deberías comenzar a pagar la deuda con el Banco. Un primer pago de dos mil dólares aplacaría mucho a esa gente —dijo.

Acepté el dinero, aunque no pensaba entregárselo al Banco. Aquella misma mañana me las arreglé para ir sola a la ciudad. La disculpa que le di era plausible: alguien debería estar en casa por si se recibía alguna llamada telefónica.

Encontré lo que deseaba en un garaje de Grant Street: una gran furgoneta Ford acondicionada para vivir en ella. Disponía de cocina a gas, fregadero, dos literas, televisión e incluso un depósito de agua de doscientos litros.

Todo lo suficiente para atravesar el desierto.

Ajusté el alquiler por una semana a partir del día siguiente, y quedé en recoger el vehículo dos días más tarde.

Regresé a casa un tanto excitada. Gladys me recibió con un beso y una sonrisa animosa.

—Telefoneó el doctor Collins, Quiere que le llames a este número —dijo.

Tomé la nota e hice la llamada.

—La policía ha decidido suspender la vigilancia de su domicilio, señora Burack —me anunció el médico.

—¿Por qué? —pregunté asombrada.

—Hablaré con sincera crudeza. La policía piensa que lo más lógico es que Larry haya sufrido algún accidente, quizá mortal. Para ellos, su esposo no es sino un perturbado; consideran lógico que haya buscado la solución por la vía del suicidio. Discúlpeme, ya sé que todo esto es demasiado crudo para usted. En realidad, sólo me proponía ponerla sobre aviso. A partir de esta tarde, los policías que vigilaban su casa se retirarán. ¿Puedo hacer algo por usted, Lin?

Vacilé.

—No —respondí—. O mejor dicho, sí. Dígame, ¿cuál es su opinión personal respecto a Larry? Me refiero a su locura.

Collins se tomó unos segundos para reflexionar.

—Es todo muy complejo, querida señora Burack —dijo al cabo—. Yo diría que se trata de un desdoblamiento de personalidad, pero hay indicios, detalles que me hacen dudar. Si no fuera un científico racional, estaría de acuerdo con ese loco del reverendo Flanders.

—¿Flanders? ¿Quién es? —pregunté desorientada.

—Un clérigo «iluminado». Ha hecho unas declaraciones a la radio sumamente sensacionalistas. Asegura que el bólido hundido en el desierto Gibson no es otra cosa que una porción del infierno. Dice que los cinco militares y los cuatro científicos afectados por perturbaciones mentales no son otra cosa que posesos. Es decir, asegura que están poseídos por el diablo.

—¿Y usted qué piensa al respecto? —indagué, muy interesada.

—Por favor, yo no soy el reverendo Flanders —Collins debió sonreír al otro lado del cable telefónico—. No creo que sea el diablo quien posee a esos infelices. Ni siquiera a Larry. Sin embargo… Me he sorprendido sospechando que alguien, otra personalidad, otro cerebro, ¡ejem!, hubiera tomado posesión del cuerpo de su esposo.

No hice ningún comentario. Callé religiosamente, adivinando que Collins no había dicho todo lo que deseaba confiarme.

—Pensará que todo eso es absurdo, Lin, pero los psiquiatras estamos acostumbrados a buscar explicaciones a los problemas mentales de nuestros pacientes que muchas veces se apartan del camino de la lógica convencional. Además…

—¿Sí? —le animé.

—Hay algo que le he ocultado, para no intranquilizarla. Sucedió en una de las sesiones de sicoanálisis a las que sometí a su esposo. Probé con la hipnosis, para hacer una exploración en su mente. Se lo propuse a Larry y él accedió de buena gana (ya sabe que él es un hombre fácilmente sugestionable y propenso a todo lo imaginativo). Resultó, pues, muy fácil «dormirle» profundamente. Le ordené acostarse sobre un diván y obedeció. Yo había esbozado un cuestionario de preguntas, por lo que me senté a su lado y comencé a hablar con él. Me sorprendió su voz chirriante, fría, despectiva e irrespetuosa.

—Siga, por favor.

—Pronunció algunas palabrotas que me ruborizaron. Aunque he sido asesor psiquiátrico de una central penitenciaria y allí escuché tacos de todos los calibres imaginables. Larry despotricaba en una larga retahíla de palabras soeces. Llegó a hacerse tan insoportable que estuve a punto de «despertarle» y suspender la sesión, pero había algo que me intrigaba profundamente.

—¿Qué?

—La voz, la construcción de las frases, todo. Aquélla no era la voz de Larry Burack, persona sencilla, respetuosa y amable, por otra parte. Como me sentía apasionadamente interesado en el fenómeno, hice caso omiso de las injurias y proseguí con las preguntas del cuestionario.

—¿Y qué ocurrió?

—Hasta entonces había permanecido de espaldas a Larry, pero cuando comenzó a barbotar palabrotas, me volví a mirarle asombrado. Y entonces comprobé que Larry permanecía absolutamente inmóvil. Digo *absolutamente inmóvil*. Yo oía su voz nítidamente, pero *sus labios no se movían*. Palpé su cuerpo, que estaba espectacularmente rígido, a la busca de un pequeño

magnetófono o algo semejante, pero no encontré nada —declaró Collins, profundamente impresionado, al revivir ahora aquella experiencia.

—¿Imaginaba que Larry estaba burlándose de usted, que se comportaba como un simulador? —insinué.

—Algo así. Lógicamente, quedé muy impresionado. Me levanté y conecté el magnetófono. Nuevamente me aproximé a Larry y pregunté otra vez. Voy a transcribir literalmente para usted cuanto sucedió en el resto de la sesión. Pregunté a Larry:

»—¿Eres verdaderamente tú, Lawrence Burack, hijo de Joseph y de Jane, nacido en Brighton el 20 de Octubre de 1958?

«Respuesta de Larry (cuyos labios continuaban inmóviles y apretados):

»—¡Este estúpido terrestre! ¡Vete a hacer…!

»—¿Has dicho 'terrestre', Larry? —torné a preguntar.

»—¡He dicho m…! ¿De qué presumes, viejo chocho? Has logrado dormirle a él, pero yo estoy aquí, vigilante… ¡Viejo de m…! ¡Yo soy Karchach! ¿Sabes qué significa eso, imbécil? ¡Karchach quiere decir 'el-más-inteligente'!

»—Bien, ahora ya lo sé. Tú eres Karchach, 'El-Más-lnteligente'. Dime, Karchach, ¿de dónde vienes?

»Se oyó una larga y áspera carcajada.

»—Tratas de sonsacarme, estúpido ser inferior —pronunció la voz chirriante—. Pero no te diré nada. ¡Adivínalo, Waon-Kher!

»Tras una nueva carcajada que hizo vibrar el vidrio de mi mesa:

»—Significa "Gusano-Terrestre" ¿no lo adivinaste?

»—No eres tan poderoso como aparentas —dije, tras reflexionar un instante—. Yo, 'Gusano-Terrestre', puedo anularte ahora mismo, puedo sepultarte en el olvido.

»—¡No lo harás! ¡Yo, Karchach…! —gritó, iracundo.

Llegado este punto, el doctor Collins, fuertemente impresionado e incluso deprimido, decidió suspender la sesión de hipnosis. No sin cierta precaución, se aproximó al yacente Larry Burack y susurró a su oído la orden de que despertara.

Los párpados de Larry se agitaron brevemente y luego se abrieron.

—Se incorporó, se restregó los párpados, miró a todas partes y murmuró: «*¿Quién estaba aquí con nosotros, doctor?*» A lo cual, como es obvio, no pude responder. Lo cierto es que parecía sentirse muy bien. Le dije que podía marcharse, me dio las gracias amablemente, se despidió y se marchó. Había asistido a la sesión más extraordinaria de toda mi vida profesional. Sin embargo, todavía tendría oportunidad de maravillarme…

—¿Por qué? —pregunté, ávida.

—Cuando me sentí más relajado, reparé en el magnetófono. Quise escuchar la grabación, por lo que rebobiné la cinta y me dispuse a escuchar.

La cinta giraba y giraba, pero no escuché la conversación que traté de grabar. Aumenté el volumen, saqué la *cassette*, puse otra y grabé algunas palabras para comprobar si el magnetófono se había averiado. No había tal, funcionaba perfectamente. Perplejo contemplé la *cassette* y volví a reproducirla. No había nada. Sólo al final, cuando ya desesperaba de oír algo, resonó aquella frase contundente: «. *¡Vete a la mierda, Waon-Kher!*»

CAPITULO X

LLEGUÉ a la estación Glenayle (poco más que un rancho ganadero) el día 29 de abril. Era invierno crudo y a pesar de la calefacción de mi furgón-vivienda que funcionaba al máximo, sentía los pies helados.

Aunque en el desierto Gibson no suele llover, aquel invierno había sido la excepción. A unos doscientos kilómetros de la estación Glenayle había comenzado a diluviar. En principio, las cataratas de agua que enviaba el firmamento eran rápidamente engullidas por fa árida tierra, pero al fin en el terreno quedó el agua y comenzaron a formarse riachuelos y torrentes. Lo que era la antigua pista ganadera que unía la estación Glenayle con el campamento Kashill (donde estaba construyéndose una mastodóntica presa) se convirtió rápidamente en anchuroso río de un kilómetro de anchura. Tuve, por tanto, que describir una gran curva de más de seiscientos kilómetros para aproximarme al lugar donde un gran bólido celeste había abierto una hondonada de casi doscientos metros de diámetro.

Mientras conducía a través de la fangosa llanura salpicada de matorrales espinosos, pensaba constantemente en Larry. Pero también me preocupaba mi prima Gladys.

Le había dejado una simple nota antes de partir:

«Debo llevar a cabo unas gestiones en Melbourne. No te he avisado porque pretendo mantenerte aparte de este asunto que, espero, no me llevará más de una semana. No te intranquilices y cuida de la casa en mi ausencia.

Todo el afecto de tu prima,

»LIN»

¿Cómo reaccionaría Gladys? Yo la conocía bien y temía que mi prima se apresurase a alertar a la policía. Por ello, hasta alcanzar el borde del Gibson, había procurado viajar siempre de noche, y preferentemente, a través de rutas poco transitadas.

De todas formas, me sentía inquieta respecto a Gladys. ¿No la llevaría su femenina intuición a sospechar que yo volvería a la hondonada del desierto Gibson?

Durante el viaje, mantenía siempre conectada la radio, a la espera de oír alguna noticia orientadora. Pero las novedades que se producían en el país no podían ser más anodinas: inundaciones en Docker River, pequeña alza en la Bolsa de Sidney, huelga de los transportistas en Brisbane…

En la estación de Glenayle me aprovisioné de víveres y agua potable y proseguí el viaje. Cuando salí del almacén donde hice las compras, una perrita de color canela me siguió decididamente hacia el furgón. Agitaba amistosamente su peluda cola y se mostró agradecida cuando le hice una caricia.

—Vete —le dije—. Tu dueño te echará en falta.

Pero el animalito se echó a mis pies y gimió lastimeramente. De repente, tuve la tentación de quedarme con aquella perra. Su pelaje deslucido y su cuerpo magro decían a las claras que se trataba de un animal sin dueño.

Subí a la cabina del furgón, abrí la puerta de la derecha: la perrita seguía allí. Me miraba suplicante y provocó mi compasión.

—Está bien, sube —le dije. Y la perra saltó ágilmente al asiento y se acomodó en él con toda naturalidad.

Partimos de Glenayle a las cuatro de la tarde. El cielo, cerrado en color gris-plomo, vaticinaba que las lluvias seguirían azotando la región. No me preocupaba tal posibilidad; el tiempo desapacible vaciaría las rutas ganaderas y me permitiría una mayor facilidad de movimientos. ¿Qué loco se atrevería a cruzar el desierto con aquel tiempo de todos los diablos…?

Al anochecer me encontraba a unos tres kilómetros del campamento militar establecido en torno al cráter.

Yo había estado ya allí con Gladys, y conocía el lugar, pero probablemente hubiera pasado de largo de no haber divisado a través de la cortina de lluvia la columna de humo que ascendía lentamente a las alturas.

Me detuve al resguardo de una cortadura del terreno. A diez metros de allí, un torrente discurría velozmente levantando masas de espuma rojiza en los recodos de la corriente.

La perrita lamió mi mano derecha y agitó su cola alegremente. La acaricié, agradecida por su compañía, y busqué algo de comer para el animalito, que engulló rápidamente una lata de carne.

Apagadas las luces y silencioso el motor, encendí un cigarrillo procurando ocultarlo en la palma de mi mano para que nadie pudiese contemplar el fulgor rojo de la brasa en la creciente oscuridad.

Traté de retroceder con el pensamiento al día que mi esposo cruzase por aquellas soledades, camino del campamento Kashill, y me esforcé en imaginarme lo que había ocurrido.

Probablemente, Larry llevaría la radio encendida para escuchar música de ritmo, a la que él era muy aficionado.

Y de repente, el enorme aerolito debió aparecer, deslumbrante, en el firmamento.

Larry debió frenar inmediatamente. Lo más probable era que hubiera salido fuera del Buick para contemplar el maravilloso e impresionante fenómeno.

Estoy segura de que debió sentirse fascinado al contemplar la gran mole incandescente que se abatía sobre la superficie de la tierra.

El bólido debió estrellarse a varios kilómetros de distancia, pues Larry no sufrió ningún daño físico.

¿Cuál fue entonces la conducta de mi esposo? Apasionado por la aventura y exageradamente imaginativo, se sentiría tentado de contemplar el bólido de cerca, una vez estrellado contra el desierto.

Sí, debió volver al coche y poner rumbo al lugar en que había brotado una

gigantesca llamarada de color anaranjado.

Se había aproximado temerariamente hasta que la altísima temperatura que irradiaba la masa pétrea le impidió seguir avanzando.

Larry contemplaría, pasmado de asombro, la gran roca incandescente, que despedía chispas y una gran columna de vapores tóxicos.

Pero, ¿qué había ocurrido entonces? Esta era la gran incógnita.

Pensando en ello, sentí que se desataba mi curiosidad y que todo temor desaparecía. ¿Qué ocultas y malignas propiedades entrañaba aquel pedrusco, capaces de volver locos a diez hombres, incluido mi propio esposo?

Seguía diluviando, pero se había hecho completamente de noche. Intermitentemente se veía brillar una lucecita trémula en la oscuridad. Debía ser una luz del campamento militar de vigilancia.

De repente, decidí que había llegado el momento de comenzar la gran aventura. Me puse unas botas de agua, cogí el impermeable de nylon y abrí la portezuela del furgón. «Graysy[3]» alzó su cabeza graciosamente.

—Será mejor que te quedes aquí. Te mojarías —le dije, después de acariciarla.

Pero el animalito comenzó a gemir quejumbrosamente y no calló, a pesar de mis reconvenciones, hasta que le permití bajar del vehículo.

—Está bien, testaruda: vendrás conmigo —accedí.

Rodeé la cortadura y caminé con grandes precauciones a lo largo del torrente. Pronto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude avanzar con mayor rapidez.

Pensé que la lluvia iba a ser mi aliada. Con una noche de, perros como aquella, lo más probable era que los soldados permaneciesen a cubierto y que la vigilancia se relajase un tanto.

A lo lejos distinguí la mole oscura de la «ciudad fantasma» nacida a poco más de un kilómetro de distancia del cráter. Todo estaba oscuro y silencioso allí. Probablemente, aquello había dejado de ser un negocio, ante la escasez de turistas y curiosos.

«Graysy» caminaba a mi lado balanceando airosamente su peluda cola. Saltaba ágilmente sobre los charcos y regatos, y a veces se adelantaba unos metros, se detenía y aguardaba hasta que yo llegaba a su lado.

Rodeamos la «ciudad fantasma» y nos alejamos todo lo posible del barracón militar en cuya fachada se balanceaba aquella amarillenta lucecita.

De repente dejó de llover o al menos cedió la intensidad de la lluvia. Los negros nubarrones se abrieron y un rayo de luna atravesó las masas de vapor.

Me detuve, temerosa de que los soldados me descubrieran a la luz de la luna, aunque mi impermeable era tan oscuro como el pelaje de «Graysy». No advertí el menor movimiento en el exterior del barracón militar, y al cabo me decidí a continuar adelante.

Por fortuna, el borde meridional del cráter era muy elevado y pude caminar erguida, sin temor a ser descubierta.

Cuando calculé que me encontraba justamente en el extremo opuesto al

puesto militar, ascendí por el erizado y resbaladizo borde.

Desde arriba asomé la cabeza con precaución. «Graysy», chorreante, me rozó las piernas dándome un tremendo susto.

Miré hacia abajo, temerosa a mi pesar.

La trémula luz lunar se reflejó en la superficie del agua que llenaba el fondo de la hondonada.

Era lógico: había llovido torrencialmente durante cuatro días y el cráter había recogido más de dos metros de agua.

Contemplé la laguna, fascinada. La luna rielaba en la superficie arrancando al agua miles de reflejos cambiantes.

Percibí un clima especial, que me mantuvo en suspenso, contenida la respiración.

—No me extrañaría que dentro de un instante ocurriera algo maravilloso —pensé.

Un denso nubarrón tapó por completo al astro nocturno y la oscuridad reinó sobre el lugar.

En medio de las tinieblas, el pánico se apoderó de mí. Pero «Graysy» rozó su tibio hocico contra mi mano y este simple contacto me devolvió el valor.

Miré insistentemente al fondo de la laguna. Aunque la oscuridad era ahora densa —por contraste con la luminosidad lunar anterior—, vi brillar unos puntitos de color, cambiantes, en el fondo de la laguna.

Tal vez fueran los mismos destellos que Gladys y yo habíamos admirado en nuestro anterior viaje.

Posiblemente se debían a incrustaciones de fósforo y otros minerales capaces de engendrar fotógenos.

Nuevamente comenzó a llover.

Se trataba de una verdadera tromba de agua. Hililllos líquidos corrían por mi rostro y empapaban mis pestañas, impidiéndome la visión.

Bajo mis pies, la tierra, humedecida, cedió.

Di un gritito de espanto, temerosa de precipitarme a la honda laguna, y resbalé tres o cuatro metros hasta lugar plano y seguro.

Tuve que librarme a puñados del lodo que se había adherido a mi rostro, mis ropas y mis botas.

Pero allí estaba mi perrita, lamiéndome las manos y dándome alientos.

Fue entonces cuando «Graysy» se volvió de un salto y comenzó a gruñir sordamente.

—¡Por amor de Dios, no ladres! ¡Me vas a delatar! —susurré.

Traté de ponerme en pie y lo conseguí con gran dificultad, tras varios resbalones que amenazaron con dar con mi cuerpo en el barro, nuevamente.

Busqué mi linterna en un bolsillo y la encendí para averiguar dónde se había metido «Graysy».

Dirigiendo el débil chorro de luz al suelo, avancé unos pasos y descubrí a mi perrita.

Había escalado el borde del cráter y se apoyaba firmemente sobre sus patas

delanteras. Su grisáceo pelaje estaba rígido y enhiesto y el animalito temblaba de pavor, sin dejar de gruñir sordamente.

¿Qué le ocurría a «Graysy», qué era lo que provocaba su temerosa hostilidad…? Dificultosamente comencé la ascensión de aquel desmonte de unos cuatro metros de elevación y muy empinada pendiente.

Hundí las punteras de mis botas en la blanda tierra cenagosa y subí lentamente.

Ya arriba, exhausta, me dejé caer sobre el borde, al lado de la perrita.

Miré abajo y quedé deslumbrada por el fulgor anaranjado que provenía del fondo de la laguna.

Sobre la esplendente luminosidad fosforescente, culebrillas doradas, verdes y rojas, unas veces, violáceas o azules, otras veces, recorrían vertiginosamente el fondo del cráter bajo las aguas.

Detrás de mí resonó una suave voz:

—Sabía que vendrías, Lin. Te estaba aguardando.

CAPITULO XI

GIRÉ tan vigorosamente que perdí el equilibrio y caí rodando por la fangosa pendiente.

Al fin me detuve. Tenía el rostro cubierto de barro que, a pesar de mi turbación, me empeñé en arrancarme a manotazos.

Luego alcé la mirada y la vi.

Era una mujer. Su larga cabellera dorada estaba seca, a pesar de que seguía lloviendo copiosamente.

Era alta y esbelta, y vestía una especie de túnica de seda que se amoldaba admirablemente a su perfecta silueta.

Contemplé, fascinada, el fino rostro de pómulos prominentes, labios pálidos y ojos verdosos.

Enseguida quedé subyugada por el brillo y claridad de aquellos hermosos ojos.

«Es irreal —pensé—. Parece… una aparición celestial.»

Ella permanecía a unos metros de distancia, contemplándome con fijeza.

No había otra luz que la que provenía del fondo del cráter, pero yo podía ver a aquella mujer con toda claridad.

—Ha dicho que… me estaba esperando —logré articular con torpeza—, ¿Quién… quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Sonrió. Los oblicuos ojos verdes destellaron atractivamente

—Puedes llamarme Zabell —pronunció con la misma suave voz—. He venido a recibirte. No temas… Sabía que vendrías, impulsada por la curiosidad, por el ansia de saber, de conocer. Yo te abriré las puertas de la Sabiduría.

Retrocedí unos pasos, temerosa y sorprendida.

—¡Está loca! —exclamé. Y mi voz pudo escucharse claramente por encima del rumor de la lluvia—. Probablemente se ha escapado de algún manicomio.

Imaginé que iba a ofenderse, pero su actitud hacia mí no cambió. Seguía sonriendo enigmáticamente.

Paso a paso avanzó hacia mí y tocó mis manos con las suyas. Me estremecí… ¡No se había producido el menor contacto físico, *yo no sentía sus manos en las mías…*!

—No estar… No estoy loca —dijo—. Soy… diferente a ti, pero eso no importa. Si te muestras propicia, yo te haré conocer todo lo que te apasiona, todo lo que aún permanece oculto a tus sentidos. A cambio…

Me separé de ella y busqué a «Graysy» con la vista, profundamente impresionada.

Mi perrita se había alejado y escondido en una fisura del terreno; temblaba de espanto y permanecía rígidamente a la defensiva, pero no gruñía ya.

La llamé, impaciente, pero el animalito no se movió de su poco confortable

refugio.

—… a cambio serás mía, Lin.

Me estremecí. ¿Quién era exactamente aquella hermosa y enigmática mujer? ¿Una viciosa, una lesbiana quizá…?

Ella debió penetrar en mi mente, porque su delicada barbilla se movió negativamente. —No, no pretendo poseerte carnalmente. Lo que necesito es poseerte *totalmente* — declaró.

—¿Totalmente? —murmuré, castañeteantes los dientes.

—Así es. *Necesito un cuerpo*. No puedo moverme libremente sin una envoltura corporal; por eso te necesito, Lin Burack. Si logro disponer de ti, conseguiré llevar a cabo mi misión.

Volvía a acercarse, insinuante, sonriente, exultante de fascinación.

Zabell, se llamaba. Posiblemente, no sería más que una pobre lunática huida de alguna clínica mental.

«Si necesita un cuerpo, cómprese un muerto», pensé. E intenté escapar a la carrera a través del terreno, convertido en lodazal.

Al verme huir, «Graysy» abandonó su inmovilidad y galopó en pos de mí aullando lastimeramente.

A unos cincuenta metros de distancia y sin temer ya que pudieran descubrirme los vigilantes militares (más bien lo deseaba entonces), me detuve un momento para comprobar que la desequilibrada Zabell no nos seguía.

¡Y ella estaba a dos metros de mí, sin demostrar la menor agitación, con la dorada cabellera esplendente inmóvil… a pesar de que soplaba un viento huracanado de todos los diablos!

—No huyas, Lin. No podrás hacerlo —dijo.

Busqué a «Graysy», desesperada, pero la perrita había desaparecido.

Intenté continuar la huida. Patiné sobre el lodo, caí, me alcé, envuelta en barro hasta el cuello. ¡Zabell estaba a mi lado!

—¡Por favor, por favor, déjeme! ¡Váyase, aléjese de mí! —supliqué, dominada por el pánico.

—No puedo, Lin: te necesito. Necesito tu cuerpo. A cambio yo…

—¡Lo sé, lo sé! —grité, histérica—. A cambio tendré acceso a la sabiduría. ¡No me interesa! Sólo quiero irme. Escúcheme bien: si me persigue gritaré. El destacamento militar está apenas a doscientos metros. Vendrán y la detendrán, ¿comprende?

No me prestó la menor atención. Por mi parte, le di la espalda y traté de alejarme, pero mis pies no se movieron del suelo.

—Debo cumplir la misión que me encargó Karchach —declaró Zabell, impertérrita.

¡Karchach…! ¿No era el nombre que Larry había pronunciado repetidamente, *la segunda personalidad* a la que se había referido el doctor Collins?

Entonces, a mi pesar, presté súbitamente atención a la hermosa mujer que

parecía unida a mí por un hilo invisible.

—¿Karchach, «El-Más-Inteligente»? —pregunté, seca la garganta.

—Sí. Él manda y yo debo obedecer. ¿Por qué te niegas tan obcecadamente, Lin? Está decidido que tú me pertenezcas por entero. Grita cuanto quieras: nadie te oirá. Por otra parte, si esos vigilantes llegasen hasta aquí, sólo te encontrarían a ti.

—¿Cómo es posible?

—¿No lo has comprendido? *Yo no tengo cuerpo*. Lo que ves no es más que apariencia, una imagen próxima a ti, que puedo simular mediante una simple concentración mental. Acércate. ¡Tócame! —ordenó con autoridad.

Fascinada, obedecí.

Mis dedos trataron de palpar su vestido, pero, ¡*mi mano se hundió en su imagen sin percibir el menor contacto físico*!

—¿Te convences? Necesito apropiarme de tu cuerpo, materia concreta con apariencia humana —declaró.

Retrocedí, espantada, aunque había conseguido captar mi curiosidad.

—¿Quieres decir que tú… no eres humana? —pregunté temblando.

—Esa no sería la expresión correcta. La verdad es que soy un ente sin cuerpo; soy capaz de elaborar ideas y de experimentar sentimientos. Debo reconocer que tú me gustas, Lin Burack. Te he tomado afecto. Por eso decidí elegirte a ti cuando supe que te acercabas a este lugar, donde se encuentra nuestra colonia —explicó.

—¿Una colonia de entes sin cuerpo? — pregunté ávidamente.

—Sí. Llegamos a este planeta desde Xinkron, nuestro mundo muerto. No hay luz en Xinkron, ni calor, ni siquiera oxígeno. La vida se extinguió allí hace billones de años-luz, para decirlo con una expresión inteligible para ti.

La lluvia arreciaba. Ráfagas de viento huracanado agitaban mis chorreantes cabellos y mi cuerpo estaba ya completamente empapado de agua. Debería estar tiritando, pues el agua caía fría como el hielo, pero lo cierto es que ya no sentía frío, ni siquiera miedo.

Latía el peligro alrededor de mí, y debía advertirlo, pero las palabras de Zabell me mantenían atenta, subyugada.

¿Las palabras de Zabell? ¿No serían simples mensajes telepáticos?

La verdad era que sus labios no se movían y, sin embargo, yo podía escuchar o al menos, entender sus palabras.

—¿Llegasteis desde… cómo dijiste, Xinkron, en ese enorme bólido hundido en el desierto? —pregunté, atónita.

—Exactamente —respondió Zabell—. Huimos de Xinkron, tras miles de años de evolución. Probablemente te sorprenderá saber que hace ya mucho tiempo también nosotros, los xinkronitas, poseímos un cuerpo, muy parecido al vuestro.

—Dime una cosa, Zabell —exclamé, absolutamente subyugada. ¿Con qué objeto te presentaste a mí con una apariencia humana, semejante a la mía?

—No quería atemorizarte. Imaginaba que te hubieras dejado llevar por el

pánico o la locura si hubieras visto aparecer ante ti un simple ectoplasma fosforescente. Quería ganar tu confianza y tu afecto. Y veo que lo he conseguido.

Caminó fácilmente sobre el fango —se diría más bien que se deslizaba sobre él sin rozarlo— y ascendió hasta el borde del cráter.

Para mi sorpresa, también yo pude subir tras ella sin el menor esfuerzo.

Indicó el fondo de la laguna, donde seguían moviéndose a velocidad de vértigo aquellas especie de flagelos luminosos de diversos colores.

—¿Los ves? —dijo Zabell—. Hay miles de ellos y están pugnando por encontrar un cuerpo en el que aposentarse. Desciende conmigo, ven. No temas. No sufrirás el menor daño.

—¿Adónde me llevas? —exclamé, temerosa, a pesar de que Zabell seguía fascinándome.

—Te llevaré a las profundidades, al interior de ese aerolito que nos permitió llegar hasta tu mundo —respondió—. Podrás contemplar cosas maravillosas, prodigios de la ciencia que jamás pudieron soñar los humanos. Te sentirás hechizada al descubrir un mundo nuevo y distinto, lleno de posibilidades que ni el más sabio de tus congéneres llegaría a imaginar. Verás cómo pequeños prodigios técnicos permiten que nosotros, los entes sin cuerpo de Xinkron, podamos sobrevivir miles de años, incluso sin poseer presencia física alguna.

—¿Cómo es posible tal cosa? —pregunté, ávida de saber.

—Trataré de explicártelo. De la misma forma que vosotros grabáis las imágenes en video o los sonidos en cinta magnetofónica, nuestros monitores electrónicos "graban" todos los elementos abstractos que componen nuestro ente no material. Así hemos podido viajar por el espacio infinito a lo largo de billones de años-luz.

Zabell descendía aladamente por la resbaladiza rampa, y yo la seguía a mi pesar, sin voluntad para oponerme a su poderoso embrujo.

Abajo, las aguas de la laguna relampagueaban con fulminantes desplazamientos rosados, verdes, azules, amarillos, dorados…

Asombrada, percibí que yo misma me introducía en las aguas en pos de Zabell.

Ella se volvía a cada instante, animándome a seguirla con una sonrisa plena de confianza.

Algo ascendió tumultuosamente de las profundidades elevando torbellinos de espuma. Una especie de esfera azulada que quedó flotando sobre las aguas, reflejando el cambiante caleidoscopio de colores que cruzaban flamígeros bajo la superficie de la laguna.

—Ven —dijo Zabell, sin mover los labios. Y me precedió al interior de la metálica esfera azulada.

Luego aquel extraño vehículo se agitó levemente. Oí un zumbido aterrador y noté que la sangre se me subía a la cabeza. ¡Estábamos descendiendo a velocidad vertiginosa…!

CAPITULO XII

SÚBITAMENTE se hizo el silencio más absoluto.

Miré a Zabell, asustada.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Estamos en el centro del aerolito —respondió, tranquilizadora—. Disponte a ver las maravillas que te prometí.

Me volví y contemplé una abertura circular. Zabell se deslizó a través de ella como un fantasma y yo la seguí.

Como en un ensueño, vagamos a lo largo de brillantes pasillos cilíndricos. Veía extrañas máquinas y objetos que me parecían absolutamente ajenos a mi entorno humano.

—He aquí nuestro monitor-tutor —me mostró Zabell, señalando un enorme cuerpo metálico en forma de dodecaedro—. En su interior hicimos el viaje desde Xinkron. Su mecanismo se puso en marcha automáticamente en cuanto el bólido se estrelló contra la Tierra. Sucesivamente, este aparato nos ha ido reproduciendo para que nos familiarizáramos con nuestro nuevo destino. No a todos, pues somos más de un millón, pero, como viste en la laguna, miles y miles de ectoplasmas aguardan su turno para buscar un cuerpo humano que les acomode. El monitor escoge automáticamente el cuerpo físico que más nos conviene. Naturalmente, mis compañeros y compañeras necesitan que sus posibilidades se aceleren. Para eso fue nombrado Karchach y después Pnom, Honga, Krexan, Tge, Xivre, Ootha, Woee, Haii y Yuu. Ahora me ha tocado el turno a mí. Nosotros tenemos una misión: seleccionar a tus congéneres para conseguir un cuerpo adecuado a cada uno de nosotros, los entes de Xinkron.

Las ideas se agolparon en mi mente. ¡Más de un millón de entes sin cuerpo, de ectoplasmas incorpóreos… a la caza de un cuerpo humano que habitar y de un cerebro racional que dominar…!

—Debo estar soñando —pensé.

Pero todo lo que yo tenía a la vista era real, material, palpable. Mis dedos podían tocar los pulidos metales, las paredes de un material desconocido y mate que extendían una luminosidad lechosa, evanescente, el piso forrado de un material semejante al sintasol…

No soñaba. Aquellas cosas eran reales, tan reales como yo. Lo único irreal, impalpable, era la apariencia falsamente humana de la bellísima Zabell.

¿Por qué no sentía yo pánico, por qué no gritaba a chillidos de intenso horror…? No podía explicármelo, pero no experimentaba el menor temor, sólo me sentía fuertemente impresionada. Y, sobre todo, subyugada por Zabell, ávida de conocer, ansiosa por profundizar en los misterios que ocultaba el increíble recinto metálico profundamente incrustado en las entrañas de un descomunal pedrusco.

—Hubo un tiempo en que también nosotros, los entes xinkronitas, tuvimos

una apariencia semejante a la vuestra —había asegurado Zabell.

Recordando esto, sentí aguijoneada mi curiosidad. Por eso me aparté del monitor dodecaédrico y miré a Zabell.

—¿Cómo… cómo eras tú? Quiero decir… cuando tenías un cuerpo, parecido al mío — quise saber.

Ella sonrió enigmáticamente.

—Era muy bella, mil veces más bella que la mujer más hermosa… Pero adivino que ardes en deseos de verme, tal cual yo era…

—Sí, por favor —expresé.

—Perfectamente. Sígueme —respondió.

Me precedió, deslizándose rápidamente a través de uno de aquellos conductos cilíndricos. Y yo la seguí a toda velocidad, sin poder explicarme razonablemente cómo podía conseguirlo.

Enseguida nos detuvimos en una estancia circular, en cuyo centro geométrico se veía un extraño poliedro de facetas semejantes al cristal pulido.

Zabell se aproximó al raro artilugio, elevó las manos y las extendió sobre una de las facetas.

—Acércate. Dentro de un instante, me verás reflejada en el cristal —me invitó.

Anduve unos pasos y miré la faceta de múltiples lados. El brillo se ensombreció enseguida. Algo semejante a una bruma lechosa onduló bajo el cristal y al fin unas formas más definidas fueron concretando una imagen, hasta que la figura se ofreció nítidamente.

Miré con ansiedad y vi… una horrible figura humanoide, de cabellos desgreñados, frente deprimida, ojos animalescos, boca semejante a las fauces de un gorila y cuerpo rechoncho, de piel lechosa recubierta de un vello rosado repugnante.

Embrujada, yo me sentía incapaz de apartar mis ojos de aquella horrible visión.

—¿Esta… ésta… eras… tú? —logré farfullar torpemente.

—Sí, y comprendo tu turbación. Realmente, fui una mujer muy bella. Comprendo que, contemplándome, te sientas inferior. Pero eso no importa —las palabras de Zabell rezumaban compasión—. Aunque no se te puede considerar un ser hermoso, yo te tengo afecto y he decidido aposentarme en ti. Por otra parte, el monitor te eligió a ti y esa maravillosa máquina jamás se equivoca.

Zabell se aproximó a mí lentamente. Sonreía cautivadoramente y me tendía las manos como si se dispusiera a abrazarme.

—Ha llegado el momento, querida Lin. Debo tomar posesión de ti —pronunció con lentitud.

Retrocedí.

—¡No! —grité. Y Zabell se separó de mí, sorprendida.

—¿Por qué? Aún te quedan por conocer multitud de maravillas. Poseerás una voluntad y un cerebro superiores: los míos. ¿Por qué te niegas a aceptar

un destino tan excelso? — se asombró.

—Discúlpame. Si has de entrar en mí, no quiero que sea en este lugar. Verás… ¡Todo esto me impresiona! Es extraño a mí, a mi entendimiento, a mi cultura. Te lo ruego, salgamos de aquí —supliqué.

Zabell me miró con curiosidad.

—¿Accederás después a servirme de alojamiento? —quiso saber. Y añadió —: Piénsalo: seremos las mejores amigas. Dos personalidades en un solo cuerpo, dotado de una inteligencia superior y de poderes que escaparían a la comprensión de tus congéneres humanos. Todo será magnífico para ti, Lin.

Sus ojos verdes, posados en los míos, destellaban una fosforescencia esmeraldina.

Volvía a hechizarme, a embrujarme… Pero yo miré a otro lado cuando ella volvió a inquirir:

—¿Accederás…?

—Sí —respondí en un susurro.

—Sígueme entonces.

Tornamos a deslizamos sobre el piso, cruzamos la estancia donde se encontraba el monitor y descendimos a un nivel superior hasta alcanzar la esfera azulada que nos había servido de vehículo.

—Entremos —propuso Zabell. Y penetramos en la esfera a través de la entrada circular, que se cerró inmediatamente sin dejar el menor resquicio.

De nuevo se produjo aquella vibración que me causaba un malestar intenso. Fue un viaje brevísimo. En pocos instantes, el vehículo se detuvo y la salida quedó libre.

Quedé asombrada al poner pie en tierra. Estábamos en el o del cráter y el piso aparecía absolutamente seco, aunque cubierto de lodo rojo, agrietado.

Estaba amaneciendo.

No había una sola gota de agua en la hondonada y yo caminé aprisa hacia la empinada pendiente, sin poder explicarme tal maravilla.

¿Cómo era posible, si cuando, quizá una hora antes, descendimos la hondonada contenía miles de metros cúbicos de agua…?

El cielo aparecía absolutamente raso, de un color azul anaranjado, precursor de la salida del sol. Podía caminar fácilmente, pendiente arriba, sobre el árido terreno, salpicado de los matorrales que componen la vegetación típica del desierto Gibson.

Podría asegurarse que… había transcurrido más de un mes, incluso dos.

Me volví, atónita, a Zabell, que venía en pos de mí sin demostrar el menor esfuerzo en la escalada.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté—. Cuando bajamos diluviaba, y el cráter albergaba tres metros de agua. Y ahora…

Ella se detuvo a pocos pasos.

—El tiempo es un valor relativo, querida Lin. Abajo transcurre con diferente magnitud… Sí, es posible que en la superficie hayan pasado muchos días.

La luz del día iba en aumento.

Aunque todavía no había salido el sol, los perfiles del cráter eran más claramente visibles. El viento —brisa, mejor— azotó una mata de florecillas.

Zabell se aproximó y me miró fijamente, tratando de captar mi mirada.

El fulgor clarísimo de los ojos esmeralda debilitó mi voluntad.

Yo quería escapar del hechizo, volver la vista, quizá huir… pero era imposible: la potencia mental de Zabell afloraba a sus ojos y conseguía esclavizarme.

—¿Estás dispuesta? —preguntó susurrante.

Asentí, sin fuerzas para negarme. Zabell vino hacia mí con los brazos extendidos… Pude ver claramente cómo *sus manos se fundían con mi cuerpo*; todo estaba dispuesto para la simbiosis Zabell-Lin.

Y en aquel momento resonó un agudo ladrido que me obligó a reaccionar de un brinco. ¡Arriba, en el borde superior del cráter, estaba «Graysy», la perrita a la que adopté en la estación Glenayle, ladrando alegremente!

—¡«Graysy»! —grité desesperadamente—. ¡Ayúdame!

El animal se lanzó pendiente abajo sin dudar.

En pocos segundos llegó junto a mí y gruñó ferozmente. Intentó lanzarse sobre Zabell, pero el miedo fue más poderoso que su arrojo y quedó allí a tres metros de distancia, gruñendo con furia, erizando el pelaje y mostrando los menudos colmillos.

Sin embargo, su sola presencia me confortó y me dio ánimos.

Me volví y miré a Zabell de soslayo.

Por primera vez su expresión no era afectuosa, cordial e insinuante. Ahora tenía una expresión colérica, frustrada.

—¡Aleja de aquí a ese animal! —ordenó—. ¡Ordena a ese bicho asqueroso que se marche!

Pero yo me negué.

—No, Zabell. «Graysy» me ha salvado cuando estaba a punto de sucumbir. Y ahora sé lo que tengo que hacer —respondí, reflexiva.

Evitaba mirar sus ojos, ¡tan peligrosos! y me incliné para acariciar a «Graysy» que cedió un momento en su agresiva actitud para menear la cola, agradecida, aunque un momento después volvía a gruñir, amenazadora.

—¡Estabas dispuesta a acceder…! —chillaba Zabell, iracunda—. ¡Prometiste que te dejarías poseer, que me dejarías aposentarme en ti!

—No sabía lo que decía, pero ahora *sí sé que quiero seguir siendo yo misma*, con mi inteligencia limitada, sin poderes extraterrenos. Ha llegado la hora de reflexionar, Zabell —dije, vigilándola, pero sin mirarla directamente —. Es hora de recordar que mi esposo, Larry Burack, trató de asesinarme, influido por ese maligno Karchach, y también alcanzo a comprender ahora que los cientos de miles de personas que pensáis reclutar para tener una presencia corpórea, preferirían con mucho seguir siendo tal cual son. Todo lo vuestro tiene un aroma maligno, brutal, extraño, ajeno por completo a nosotros los humanos. Por fortuna he descubierto una circunstancia

trascendental: ninguno de vosotros podrá poseer a un humano si éste no consiente.

—¡Prometiste…! —rugió Zabell, arrojándose sobre mí. Pero mi valiente perrita se abalanzó sobre ella y la mantuvo a raya.

—Tú no te apoderarás de mí ser, Zabell. Y no invoques la palabra que te di en ese infierno metálico —dije—. También tú me mentiste. Sonreías afectuosamente, simulabas con toda perfección… Estamos en paz, pues. Vete.

—¡No puedo! —gimió—. El monitor me adjudicó un cuerpo y un cerebro: los tuyos. Y pasarán miles, quizá millones de años antes de que esa máquina halle la nueva persona que se ajuste a mí. ¿No comprendes que con tu negativa me condenas a una eternidad de pasiva existencia, de oscuridad, que me arrojas a la nada?

Tragué saliva. Me sentía turbada, pero apreté firmemente las mandíbulas y evité mirarla.

—Yo no soy la culpable, Zabell. Sólo puedo entender que mi cuerpo, mi ser, mi cerebro y mi alma me pertenecen. No puedo entregártelos… Por otra parte, no puedo olvidar lo que Karchach hizo del hombre que amo. Convirtió a Larry en un ser salvaje e irracional, en un asesinó. Sé que él no es culpable sino de poseer una imaginación sugestionable y sumamente sensible. Pero Karchach le hizo un daño terrible a Larry y me lo hizo a mí. Hemos vivido meses llenos de zozobra, de angustia y de miedo. No puedo olvidar todo eso. Vete, Zabell, yo vuelvo a mi mundo y a mí misma.

De repente, ella estalló en un paroxismo de horribles blasfemias, de insultos horrendos e injurias tan soeces que me obligó a taparme los oídos, abrumada y dolida.

Me volví de espaldas y dije:

—¡Vamos, «Graysy», no te detengas hasta que lleguemos al furgón! —y terminé de escalar la pendiente a toda prisa, aun a riesgo de que el corazón se me saliese por la boca.

Con la perrita en pos de mí, llegué arriba y seguí corriendo. Sin embargo, la curiosidad fue más poderosa que mi decisión de apartarme de aquel lugar y volví la cabeza para mirar a la hondonada.

Vi a Zabell, que gesticulaba como una diablesa y continuaba barbotando groseros improperios. Luego, súbitamente, su silueta se diluyó y sólo quedó flotando en el aire una destellante culebrilla de color rojo cárdeno. El brillante flagelo flotó un momento, indeciso, y luego descendió fulminantemente hacia las profundidades y desapareció en la masa del bólido oculta bajo una capa de lodo reseco.

«Graysy» ladró alegremente y corrió, veloz, ante mí. Me sentía sudorosa, débil, desmayada, pero galopé con todo el ánimo en pos de mi perrita. Hasta que mis fuerzas se esfumaron y caí violentamente a tierra.

Rodé unos metros, me herí con los matorrales espinosos y finalmente quedé boca abajo, respirando estertorosamente.

Sentí un vahído y mi visión se borró por unos instantes.

Al cabo, torné a abrir los ojos. Alguien estaba junto a mí, pues oía un jadeo intermitente.

Era mi perrita, que se inclinó sobre mí y me lamió la cara.

—Estamos salvadas —murmuré. Y me desmayé.

Algún tiempo después llegaría a saber que había permanecido durante cuarenta y seis días sin ingerir alimento alguno.

La que se aprovechó fue «Graysy». De alguna manera, la perrita logró abrir la puerta del furgón y fue dando cuenta de mis provisiones. De todas formas, el leal animalito logró sobrevivir en pleno desierto y en ningún momento se apartó del cráter.

CAPITULO XIII

—¡AL fin! Parece que vuelve en sí —dijo alguien.

Las aletas de mi nariz se dilataron y captaron un delicioso aroma a judías con carne.

Abrí los ojos y parpadeé. Un sargento y seis soldados se inclinaban sobre mí con gran interés.

—Tengo hambre —dije. Y paseé la mirada por la hilera de literas que abarcaba mi ángulo de visión.

¡Estaba en el destacamento de vigilancia…!

El sargento prorrumpió en una carcajada.

—¡Tiene hambre! La encontramos desvanecida en mitad del desierto, intentamos hacerla volver en sí durante catorce horas y… ¡ella dice que tiene hambre! —exclamó con los brazos en jarras.

—Me muero de hambre —repetí desmayadamente.

—Está bien —accedió el sargento—. Traedle un plato de rancho —me miró autoritariamente—. Pero no abuse de la comida. Tiene cara de no haber comido en un mes. Si come cuanto le apetezca, puede tener problemas con su estómago, señorita.

—Señora, señora Burack —dije, incorporándome con dificultad sobre los codos. Miré al sargento y a los soldados, sonreí débilmente y añadí—: Les doy las gracias a todos. Han sido muy gentiles ocupándose de mí.

Una ancha sonrisa se dibujó en las toscas facciones del sargento Mayer. También sonreían los soldados, satisfechos.

Me costó un gran esfuerzo de voluntad observar la recomendación del sargento respecto a una posible indisposición gástrica, sobre todo cuando uno de sus soldados puso a mi alcance una bandeja con un plato de judías que exhalaba un aroma que se me antojó fragante. A pesar de todo, reprimí mi feroz apetito y sólo probé unas tajadas de carne y tres o cuatro cucharadas de deliciosas judías, tras lo cual di un sorbo de cerveza y, sin poderlo evitar, eructé sonoramente.

—Buen provecho —dijo el sargento Mayer. Y al oírle me ruboricé hasta las orejas, pero todos prorrumpieron en una alegre carcajada.

Después de la comida me dejaron sola y me dormí. Cuando desperté eran las cinco de la tarde de una hermosa y luminosa primavera: mediados de julio.

Un oficial se entrevistó conmigo. Se llamaba Dalvis y quería saber quién era yo y las razones de que me encontrase sin conocimiento en medio del desierto Gibson.

—Vine a hacer una excursión…

—¿Una excursión en pleno invierno, con una lluvia torrencial? —se extrañó—. Dígame, ¿cuántos días hace que salió de Sidney?

—No lo sé —respondí—. Seis o siete, tal vez diez.

—¡Imposible! —bufó—. Hemos encontrado su furgón y algunos

documentos. El furgón está hundido hasta la mitad en un lodazal de barro, ya seco. Eso debió ocurrir… en mayo, supongo.

—No lo sé —hice un vago gesto con la mano—. Tal vez haga quince o veinte días que salí de casa. ¿Qué fecha es hoy?

—Dieciséis de julio. Pero, vamos, señora Burack, ¿qué fue lo que le ocurrió? Esa perrita suya, de color gris, lleva casi dos meses rondando la hondonada donde se estrelló un aerolito. ¿Puede explicarme todo eso?

¿Cómo podía explicarle las horrendas experiencias que yo había vivido *allá abajo*? Si decía la verdad me tomarían por loca. Se imponía, pues, decir la verdad… a medias.

—Dejé a «Graysy» en Sidney —mentí—. El animalito debió echarme en falta y…

—…y la siguió a través de casi dos mil kilómetros, hasta encontrarla —dijo el teniente Dalvis, irónico—. En verdad, ¿qué le ocurrió?

—Pues que me extravié en medio de la tempestad, cuando salí a buscar alguna leña. En medio de la oscuridad, perdí el sentido de la orientación y me extravié. Di vueltas y vueltas, me caí, me herí, desfallecí… Eso es todo… lo que recuerdo.

El oficial me miró entre desconfiado y compadecido.

—Está bien, voy a dar por buena su versión de los hechos

—¿Puedo marcharme? —pregunté anhelante.

—Puede. Hemos logrado arrancar su furgón-vivienda de esa trampa de barro seco y está en situación de viajar. Uno de nuestros jeeps la escoltará hasta la estación Glenayle. Le ruego, señora Burack, que no vuelva a arrojarse sola a la aventura de cruzar el desierto, menos en invierno. Nos ha dado un buen susto, no sabíamos qué hacer con usted —dijo.

—Lo siento de veras, teniente. Le agradezco sinceramente sus cuidados y le prometo que seguiré sus consejos.

—Bien. Le deseo un feliz regreso.

Le di las gracias, estreché su mano y salí. Fuera estaban el sargento Mayer y todos los soldados del destacamento. Los saludé a todos y me siguieron hasta el furgón, cerca del cual aguardaba el jeep de escolta.

Cuando subí a mi coche, «Graysy» me saludó con un alegre ladrido. Acaricié su cabeza, muy emocionada, y dije:

—Valió la pena adoptarte, perrita.

* * *

Tres días después llegaba a Sidney, molida del viaje, polvorienta y exhausta. Había recuperado algunos kilos, pero incluso así estaba delgadísima.

No fui a casa. Llamé a Gladys, que se echó a llorar cuando escuchó mi voz, y le hice saber que me dirigía a la consulta del doctor Collins.

El psiquiatra salió a recibirme inmediatamente. Muy pálido, me contempló en silencio como quien acaba de ver a un resucitado.

Luego, al advertir mi supremo cansancio, me hizo pasar a su despacho sin prorrumpir en los reproches que ya asomaban a sus labios.

Me acercó un sillón y me hizo servir un jerez. Y naturalmente, quiso saber enseguida dónde me había metido durante cincuenta días.

—La policía encontró a su esposo, finalmente. Es curio so: había establecido una lujosa oficina de contratación de personal, con sueldos fabulosos y condiciones inmejorables. ¿Tiene usted alguna explicación plausible para esta peculiar conducta de su esposo? —inquirió.

Naturalmente que yo tenía una respuesta a aquella pregunta, pero era demasiado sorprendente para que Collins pudiera «digerirla» por las buenas.

Como yo permanecí en silencio, él siguió hablando.

—Había contratado a unas ciento cincuenta personas y pensaba contratar a muchas más, aunque ignoro (como la policía) de dónde sacó el dinero para alquilar las oficinas y de dónde pensaba obtener la cantidad suficiente para pagar a esa gente.

—¿Hombres o mujeres? —indagué.

—Personas de ambos sexos, en número proporcionado. Otro dato curioso es que Larry había sometido a todos los aspirantes a una serie de *tests* psicológicos. Esto no sería demasiado extraño, si no fuera porque sólo había seleccionado a personas fácilmente sugestionables.

Yo pensé que precisamente no tenía nada de raro… sobre todo si se tenía en cuenta que no era Larry quien buscaba a aquel tipo de personas, sino un ente llamado Karchach.

—Fue muy difícil reducirle. Se puso furioso cuando los policías penetraron en las oficinas alquiladas por él —añadió Collins—. Golpeaba ciegamente con una potencia increíble, mordía, arañaba y, sobre todo, insultaba soezmente a los hombres que se enfrentaron a él. Rompió varias costillas a un policía, fracturó el brazo de otro, contusionó a todos y desgarró sus uniformes, sin dejar de proferir insultos y amenazas.

—¿Qué tal está ahora? —pregunté, llena de ansiedad y compasión.

—Admirablemente —respondió Collins, gozoso—. Casi restablecido. Ahora vuelve a ser Larry.

Me puse en pie de un brinco.

—¿Cómo…? ¡No puedo creerlo! —exclamé, entre esperanzada e incrédula.

—Es verdad. Le diré cómo se produjo el milagro: tras poner en práctica distintas terapias, su esposo seguía con el desdoblamiento de personalidad que se puso de manifiesto en aquella famosa sesión de hipnosis. Estaba tan furioso que tuvimos que adoptar extraordinarias medidas de seguridad. Finalmente, desorientado, decidí someterlo a un electroshock. Cuando Larry recibió la primera descarga, se puso de manifiesto su segunda personalidad: la de Karchach, «El-Más-Inteligente». Se agitaba con tanta violencia que tuvimos que redoblar el número de correajes que le sujetaban. Vociferaba, gruñía, rugía como una fiera y barbotaba horribles insultos.

—¿Y…?

—De pronto le oí gritar: «*¡No, no, por favor, esto no! ¡No puedo resistirlo*!» Era la voz chirriante y grosera de Karchach. Aunque le parezca una tontería, dije: «*Karchach, debes abandonar a Larry. Déjale en paz para siempre o te estaré dando electroshock hasta que te achicharres*». Para mi sorpresa, le oí responder con voz suplicante, casi rastrera: «*No, doctor, por favor. ¡Desconecte ese artilugio! ¡Me iré, me iré, lo prometo!*»

—¿Suspendieron la sesión de electroshock? —pregunté, sumamente interesada.

—Sí. Me sentía perplejo, pero tenía una esperanza. Trasladamos a Larry a su celda. Parecía más relajado y dormía apaciblemente. Aquella noche, los enfermeros se demudaron al escuchar un agudo alarido, seguido del estrépito provocado por la rotura de un cristal. Cuando los enfermeros penetraron en la celda de su esposo, éste dormía apaciblemente y sus correajes estaban intactos, pero un dato más inexplicable: el cristal de la ventana se había convertido en añicos. Como es lógico, los empleados imaginaron que alguien había roto el cristal desde el exterior. Cambiaron a Larry de celda y eso fue todo.

Yo sí podía explicarme aquel enigmático incidente: Karchach había escapado del cuerpo de Larry. Convertido en ectoplasma, había roto el cristal para escapar. ¿Dónde estaba ahora? ¿Había vuelto al cráter, a aquel nido metálico donde bullían más de un millón de entes sin cuerpo? Desde lo más íntimo de mi corazón deseé que fuera así.

—A partir de ese día, Larry se recuperó formidablemente. Comenzó a hacer preguntas: por qué estaba allí, si estaba enfermo, etc. Le expliqué que había sufrido una alteración nerviosa y le aseguré que estaba en vías de curación. Le sometí a hipnosis, pero no volví a escuchar la voz de Karchach. En fin, puede suponérselo, respiré aliviado.

—¿Dónde está?

—¿Larry? En la McHill Clinic. Puedo darle el alta cualquier día. Su estado de salud mental es bueno. Sólo le preocupa una cosa: usted. Hasta ahora hemos conseguido urdir una mentira piadosa tras otra. Le convencí de que usted había pillado una pulmonía y que era imposible traerla por el momento. Sin embargo, pregunta constantemente por usted, Lin.

Me puse impulsivamente en pie.

—Jamás podremos agradecerle cuanto ha hecho por nosotros, doctor, pero ahora… ¡ahora necesito abrazar a mi esposo por encima de todas las cosas!

CAPITULO XIV

FUE un abrazo tierno, pero vigoroso y ardiente. Larry besaba enloquecido mis delgadas facciones y las lágrimas empapaban, tibias, mi rostro.

Tampoco yo pude contener las lágrimas. Estaba recordando en aquel momento la noche en que Larry trató de estrangularme en el interior de un automóvil.

Al fin, cuando nos saciamos de besarnos y de murmurar palabras apasionadas, nos separamos un momento y fue Larry el que habló, mirándome con ternura.

—Tendría que reprenderte —dijo—. No te cuidas como es debido. Supe que pillaste una pulmonía… Me lo dijo el doctor Collins.

—Collins exagera: apenas fue un fuerte resfriado. Me siento perfectamente —respondí. Y cuadré los hombros en un ademán cómico.

Larry sonrió y acarició mis mejillas con suavidad entrañable.

Y preguntó:

—¿Qué me pasó, Lin?

Parecía ansioso por saber, como si de ello dependiese su íntima tranquilidad.

—¿No recuerdas nada? —indagué, correspondiendo a sus caricias.

—Nada. Es decir, sí. Recuerdo que había partido de Glenayle, poco después de mediodía. De repente, algo brilló en el cielo con un destello increíblemente potente. Bajé del coche, fascinado, y vi descender una colosal bola incandescente. Luego se oyó una explosión horrísona y brilló una llamarada vivísima. Ya me conoces: me sentí infantilmente ansioso por acercarme al lugar donde se había producido aquel fenómeno. Volví al coche, me aproximé… Luego… ¡No logro recordar nada! ¡Dime, por favor! ¿Qué me ocurrió?

Collins me lo había advertido: no debía decir una palabra de la verdad a mi esposo. El nada recordaba. ¿Para qué, pues, hacerle sufrir inútilmente?

—Poca cosa: un desequilibrio nervioso provocado por tu propia excitación —respondí, al cabo—. Ha sido un proceso largo y penoso, pero te has recuperado por completo y Collins te dará el alta dentro de un par de días.

—¿Por qué no hoy mismo, Lin? ¡Te necesito tanto! —exclamó, ferviente.

—Calma —dije. Y sonreí—. Posiblemente Collins teme que te contagie el resfriado. Tranquilízate: dentro de un par de días estaremos juntos.

* * *

Fue muy difícil explicar a Gladys las razones de mi prolongada ausencia. Evidentemente, yo no podía decirle la verdad, pero la solución me la brindó el propio doctor Collins: — Dígale que la policía decidió llevarla a Melbourne para protegerla. Que le prohibieron terminantemente dar su domicilio ni decir la verdad a nadie. Eso la convencerá.

No fue tan fácil como Collins esperaba. Gladys estaba ofendida y tenía razón. Al cabo, tras unas horas de «morros» y reproches, me abrazó cariñosamente y dijo:

—Perdóname, he sido una estúpida al enfadarme. Mi estúpido orgullo impidió que comprendiera exactamente tu situación. ¡Cuánto has debido sufrir, pobrecilla mía…!

Tras lo cual, quedaron firmadas las paces definitivamente. A las once de la mañana siguiente sonó el teléfono. —Collins —anunció Gladys—. Quiere hablar contigo Me puse. El médico parecía muy impaciente.

—Bien, señora Burack, ¿no cree que ha llegado el momento de darme ciertas explicaciones…? —exclamó.

—Tiene razón. Usted quiere saber dónde estuve durante cincuenta días… Tiene todo el derecho a saber la verdad, esa verdad que no he confiado a nadie. Aunque no tengo mucha confianza en que me crea.

—Inténtelo —me animó Collins—. Usted sabe que estoy acostumbrado a escuchar cosas increíbles.

—Bien, hablaré. Pero no por teléfono. Espéreme. Estaré ahí antes de una hora. ¿Le parece bien?

—¡Magnífico! Diré a mi ayudante que cancele todas las visitas. Confieso que me tiene usted sobre ascuas, Lin —declaró.

* * *

Collins suspiró profundamente cuando terminé mi relato.

—Tenía razón: es increíble —murmuró, reflexivo—. Pero yo la creo. Es poco menos que imposible inventar una historia tan… espeluznante.

Me retorcí las manos, impaciente.

—¿Qué podríamos hacer nosotros? —pregunté.

—¿Nosotros? ¡Nada, absolutamente nada! Si acudimos a las autoridades, nos internarán en un manicomio —respondió. Enseguida su expresión se animó—. Sin embargo, se me ocurre una idea.

—¿Cuál? —quise saber.

—Usted sabe que varios militares y científicos relacionados con ese bólido sufrieron perturbaciones mentales. Si, como empiezo a sospechar, están poseídos por entes sin cuerpos, es muy posible que el tratamiento que administré a Larry tenga éxito con ellos. Voy a ponerme al habla con los médicos que tratan a estos enfermos y les propondré que concentremos a sus pacientes en la McHill Clinic.

—¿Y Larry? —pregunté, anhelante.

—Hablaré con el doctor Stout para que firme su alta. Puede ir a recogerlo a la clínica dentro de un par de horas —dijo.

Me sentí aliviada en cuanto a Larry. Pero no me sentía del todo satisfecha.

—¿Eso es todo? —pregunté, un tanto decepcionada.

Collins me observó en silencio.

—Comprendo sus sentimientos, Lin: teme por las personas que, en el

futuro, puedan ser víctimas de esos extraños seres de Xinkron. Lo más difícil será mantener entre nosotros dos el secreto… Ya veremos. La llamaré si se produce alguna novedad.

Me puse en pie. Collins sonrió.

—Compre alguna ropa nueva para Larry. Ha adelgazado bastante: la suya le vendrá holgada —dijo.

A pesar de todo, yo también sonreí con ánimo.

* * *

Larry llevaba ya quince días en casa. Poco a poco, volvió a familiarizarse con el ambiente hogareño: se entretenía con labores jardineras, trasplantaba, sembraba y regaba… sin dejar de canturrear entre dientes.

De nuevo pude paladear eso que los humanos llaman *felicidad*. Ninguna sombra enturbiaba nuestra tranquilidad: Larry volvía a ser el mismo de siempre. Era alegre, cordial y cariñoso. Además, ardía en deseos de recomenzar su trabajo, aunque yo me empeñaba en dilatar la cuestión *sine die*.

Estaba la cuestión del Banco, pero yo había resuelto aquella cuestión mediante una hipoteca sobre nuestro chalet. Lo demás… todo se iría resolviendo con paciencia y buena voluntad.

Sin embargo, algo seguía inquietándome: cada noche volvía a recordar a Zabell, a Karchach y a su mundo extraño y hostil.

Aquella tarde se produjo un considerable temblor de tierra. El boletín informativo de las nueve de la noche dio una noticia relacionada con ello: el sismo había sido registrado por diferentes observatorios del continente australiano.

—El sismo alcanzó el grado siete en la escala de Richter y su epicentro ha quedado situado por los expertos en el desierto Gibson, doscientos kilómetros al suroeste de la estación ganadera Glenayle.

El corazón me dio un vuelco… Doscientos kilómetros al suroeste de Glenayle: el lugar preciso donde, seis meses antes, se había estrellado el colosal aerolito.

Aquella misma noche me comuniqué telefónicamente con el domicilio particular del doctor Collins.

—No está en casa, señora Burack —me explicó su esposa—. Salió de excursión por la mañana. Verá, quería tomarse dos o tres días de respiro tras el intenso trabajo de estas últimas semanas.

—¿Sabe adónde se dirigió?

—Pensaba pasar unos días en el desierto Gibson —escuché, alarmada—. Quise acompañarle, pero él deseaba estar solo y no insistí. ¿Quiere que anote algún recado, señora Burack?

—No, no. Volveré a llamarle. Buenas noches, señora Collins —me despedí, desorientada.

Estuve pendiente de la televisión aquella noche y al día siguiente. La noticia del sismo ocupaba ya un lugar secundario en los boletines de noticias,

puesto que los temblores de tierra no habían vuelto a producirse.

Al atardecer repiqueteó el timbre del teléfono del salón. Corrí a descolgar el aparato y a través del ventanal vi a Larry, absorto en la tarea de plantar un nuevo seto de boj.

—¿Señora Burack? Collins al habla.

—¡Al fin! —exclamé—. No voy a ocultarle que me he sentido muy preocupada por usted, sobre todo después de saber que se encontraba en el desierto de Gibson.

—Tranquilícese. Creo que nuestras preocupaciones han terminado —dijo.

—Explíquese, por favor.

—Verá: anteayer terminamos el tratamiento de electroshock con el último de los perturbados por el aerolito. En cada caso se produjo un fenómeno semejante al que observé con su esposo: unas horas después de la electroterapia, se escuchó un estridente alarido y la siguiente rotura de un cristal. Cuando terminamos con el último de los enfermos, tuve una corazonada. Fui a casa, recogí algunas cosas y me puse en camino hacia el desierto. Por desgracia, llegué demasiado tarde: ya se había producido el sismo.

—¿Qué quiere decir?

—He averiguado que no hubo tal terremoto. El movimiento telúrico se produjo *cuando ellos huyeron*. Cuando llegué al lugar donde se estrelló el bólido, unas treinta máquinas *bull-dozers* pesadas estaban rellenando la hondonada. Un coronel dirigía los trabajos. Intenté entrevistarme con él para averiguar algo, pero no me lo permitieron. Había un batallón de infantería que cercaba el lugar y no permitían acercarse a nadie en más de quinientos metros. Creo que al paso que llevan los trabajos, en una semana habrán rellenado por completo el cráter.

—¿Por qué ha asegurado *que ellos huyeron*? ¿Cómo lo sabe? —insistí.

—Fue pura casualidad. Cuando regresaba, me detuve en la «ciudad fantasma» con la esperanza de hallar un lugar donde me vendieran unas cervezas. Encontré un bar, pero estaba abandonado. Cuando me iba, oí un tintineo de cristales y entré: detrás de la barra encontré al vagabundo que había roto la puerta y consumía frescamente las existencias de los anaqueles. Me ofreció un trago de su botella a condición de que no le denunciase y acepté.

El hombre estaba muy borracho. Charlaba sin cesar y Collins no le concedió demasiada atención. Hasta que oyó aquellas palabras:

—Los militares están enterrando esa hondonada para que nadie sepa que el aerolito… ¡fsss! salió disparado hacia las alturas. Pero a mí, Jim Jones, no podrán engañarme, porque yo… ¡hic! lo presencié todo con estos ojitos que… ¡hic! se ha de comer la tierra algún día.

Collins le interrogó hábilmente, entre trago y trago. Al principio no quiso dar crédito al testimonio de aquel hombre. Hasta que recordó que sólo los niños, los imbéciles y los borrachos suelen decir la verdad.

—Dijo que él se encontraba precisamente en el bar cuando la tierra empezó a vibrar violentamente. Pensó que se trataba de algún camión pesado que transitaba por las proximidades, y se asomó a una ventana, temeroso de ser sorprendido. Se le cayó la botella de la mano al descubrir la gigantesca masa pétrea que se elevaba esplendente con un estrépito tan horrísono que los vasos del anaquel se rompieron y los ventanales reventaron (dato que comprobé por mí mismo: no quedaba un solo cristal entero en las ventanas de la «ciudad fantasma»). Asombrado, Jones siguió con la vista la enorme masa voladora, hasta que desapareció en el infinito —narró el doctor Collins.

—Entonces… ¡se marcharon!

—Así parece ser. Quizá decidieron que los hombres y mujeres de la Tierra no éramos los seres más idóneos para «ocuparnos». Por mi parte, estoy absolutamente convencido de que Jim Jones me dijo la verdad. Si no, ¿por qué esa prisa de los militares en rellenar el cráter, cuando transcurrieron seis meses antes de que se decidieran a tomar una medida semejante?

Asentí inconscientemente.

—Sí, es lógico. Concuerda con la prudencia y el hermetismo que han demostrado siempre las autoridades en relación con apariciones de OVNIS y otros fenómenos difícilmente explicables —dije, reflexiva—. Taparon la hondonada para que nadie pueda comprobar que el aerolito ya no está allí.

—Exactamente —aprobó Collins—. En fin, querida Lin, esto resuelve por completo nuestros problemas. A partir de hoy podremos dormir tranquilos, sobre todo sabiendo que tanto Larry, recuperado ya, como los hombres que convalecen en la clínica McHill, están a salvo de la tremenda alteración psíquica que sufrieron durante unos meses.

—¡Gracias a Dios! Volvemos a revivir —suspiré. Y dirigí una amorosa mirada a Larry, que seguía enfrascado en la plantación de su seto.

—Sólo será un mal recuerdo que se irá debilitando con el tiempo. Y un secreto a compartir entre usted y yo —expresó Collins.

Sonreí con picardía.

—No sé —exclamé—. Quizá algún día me decida a escribir esta alucinante historia.

—¿Por qué no? —Collins dejó escapar una festiva carcajada—. Hágalo, cuando haya transcurrido algún tiempo. ¡Al fin y al cabo, todos sus lectores pensarían que se trata de una mera fábula de ficción científica…!

FIN

Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección

TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

El continente australiano mide casi 8 millones de kilómetros cuadrados; es decir, más de 15 veces la extensión de España.

[←2]

Forma de la esquizofrenia, desorden cerebral basado en fenómenos de disociación. Se distingue por un absoluto desinterés hacia todo lo que rodea al sujeto afectado.

[←3]

Graysy: grisáceo, de color ceniza, en inglés.